



J. OPPEL, Lit.

Manila, Escolta 37.

# REVISTA SEMANAL ILUSTRADA DE CIENCIAS



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



LITERATURA, ARTES, INDUSTRIA, COMERCIO, NOTICIAS, ETC.

Director.—D. ANTONIO VAZQUEZ DE ALDANA.

Año III.

Manila 25 de Febrero de 1877.

Núm. 9.

## SUMARIO.

TEXTO. Revista general, por Don Francisco de Paula Entrala.—Los gravados.—La lengua Castellana desde su origen hasta nuestros días. (Inédito) (Continuación) por el M. R. Padre Fr. José Torres.—Las Naos de Acapulco, por D. Felipe M.<sup>a</sup> de Govantes.—Biografía del V. Martir. Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Valentin Berrio-Ochoa, Obispo Centuariense y Vicario Apostólico del Tunquin Central (Conclusion.)—La Alteracion en el Hombre, por el Dr. Nicolas.—Ciencia Prehistórica.—Del Origen de la Brujula.—El Monje Pintor, por D. V. Suarez Capalleja.—Los Transigentes, por P. de G. y de A.—La Judia de Toledo, Leyenda histórica (Segunda parte), por D. Antonio Vazquez de Aldana.—Ajedrez Solucion al anterior.—Anuncio.

GRABADOS.—Retrato de D. Jaime Balmes, Presbitero.—Mezquita y minarete turcos en Canton.—La Pagoda de Whampo.

## REVISTA GENERAL.

No estrañen VV. si la revista va algo ligera, por que la verdad es que desde hace unos dias no estamos para nada en Manila.

¡Nada! les aseguro á VV. que estamos sudando y que apesar de ser simples espectadores de la *misse en scene*, padecemos muchisimo por aquello de que es tal la aficion que nos inspira el trabajo, que con que otros lo hagan, ya padecemos.

Se espera el *Cádiz*: y nada mas justo que preparar digno alhojamiento, en esta provincia española, á los que vienen de la madre comun...!



D. JAIME BALMES, PRESBITERO.

Es muy posible que si el *Cádiz* no llega hoy, llegue mañana: es muy posible que si no llega mañana, llegue pasado: es muy posible que si no llega pasado, llegue el siguiente y con esto y con que las carreras se verifiquen el primero de Marzo, ya tienen VV. que las carreras, espectáculo tan animado en Manila, siquiera por salir unos dias de la prosa del año, en la que no hay otra diversion que los bailes, coincidirá precisamente con la llegada del *Cádiz*, razon por la cual, los que vengan en tan magnifico buque, podrán concurrir al hipódromo, ponerse por primera vez la papeleta en la cinta del elegante sombrero, disfrutar con la vista de los agostados sembrados y los *empingorotados* terrones que rodean el hipódromo, ver á los caballitos de aquí, correr casi tanto como los caballitos de allá: tomar asiento en la elegante tribuna: admirar á las bellas: comparar la belleza de unos y otros paises y en fin volver por Sampaloc tomando todo el sutil y delicioso polvo que les envíe la calzada.

Tengo por seguro, entre todo lo que llevo

apuntado, que el *Cádiz* llegará cuando llegue. ¿Entró ayer en bahía? No es posible volver atrás sobre los hechos ya consumados. Habrá entrado hoy? Es difícil saberlo. La vista perspicaz de *Gregorio* solo alcanza á 15 millas, desde el punto en que está colocado el semáforo.

Desde el viernes, sin embargo, la llegada del *Cádiz* es objeto de todas las conversaciones y de todas las interrogaciones emitidas al vuelo.

—Adios.

—Adios

—Sabe V. cuando llega?

—Hombre, no.

—Hola!

—Hola amigo.

—Con que el *Cádiz*...

—Llegará de mañana á pasado.

Y como no tomamos parte en las riñas de gallos, tomamos parte en la fecha probable de la llegada del *Cádiz*, discutiendo, gritando, apostando, lo cual, traducido en billetes de la estracción venidera, obra en provecho de la pública Hacienda.

Por lo pronto, todo está preparado.

El Sr. Marqués de Oroquieta se alojará en la Intendencia, casa magnífica que por algunos es llamada palacio.

Sobre la carrera se han levantado no sé que arcos, y yo no sé que banderas, las cuales producirán para los que eleven la vista hacia ellas, muy buen efecto.

\* \* \*  
A la alegría de la llegada del *Cádiz*, se sucederá la alegría de la marcha del *Cádiz*: alegría de que serán decididos intérpretes los que vuelven con licencia á la patria.

Nosotros sentimos la marcha de aquellos de nuestros amigos que de Manila se ausentan y les deseamos larga permanencia en España y un regreso dichoso.

Entre tanto, los pobres de la *Ermita* recorren la ciudad demandando limosna con objeto de reconstruir los hogares que el incendio devastador ocurrido en aquel pueblecito, redujo á pavesas.

Aquellos infelices perdieron en un solo día, sus ropas, sus mobiliarios, sus ahorros, sus casas, cuanto tenían en el mundo y natural es que busquen amparo; pero natural es también que del fondo de calamidades públicas, consignado en el presupuesto de ramos locales, si por acaso se amplió aquel capítulo, que no lo sabemos, se les socorra en la proporción necesaria, á fin de evitar á Manila el doloroso espectáculo de ver largas hileras de pobres, por esas calles de Dios, en solicitud del socorro preciso.

Esto no obsta para que la población haga en favor de los mismos cuanto le sugieran sus sentimientos magnánimos, como no obsta el nuevo trazado dado á la *Ermita*, para que el Gobierno, el Corregimiento y todas las autoridades, si es necesario, insistan en la necesidad de ampliar el primero, lo cual no es difícil, invadiendo en parte la zona militar, que en nuestro concepto, no es de necesidad absoluta.

Lo que si consideramos de necesidad absoluta, es un libro que lleve á nuestras manos ahora y que se anunció no hace mucho con el título de *Manual del cochero*. Aquí donde esta respetabilísima clase es la negación de si misma, dicho sea con las salvedades debidas, parece que el libro no tiene objeto; pero cuando se examina su fondo y su título, cuando se vé que no se titula *Manual del cochero*, sino *El indispensable para todo el que tenga caballos y carruajes* ó sea *Manual para enseñar á los caballos á tirar del carruaje, manera de guiarlos desde el pescante* etc. etc.: cuando se observa además que el libro está escrito por el primer profesor de equitación del arma de caballería, señor García Ferrero, autor de varias obras científico-militares, ex-director del periódico *La Equitación española* y persona muy conocida y apreciada en Manila, se comprende la indiscutible utilidad del librito.

¿Qué pollo elegante, que alto empleado, que persona pudiente, no ha de comprar este libro? ¿qué provinciano no desea conocer la manera de curar sus caballos, de sostenerlos bien sin herraje, de amaestrarlos al tiro etc., etc.? Todos; pues sabido es que en todas las provincias de este archipiélago, escepto Manila, se carece de profesores veterinarios que puedan aconsejarles en determinados momentos.

Hé aquí porque recomendamos el libro, que consideramos de segurísimo éxito.

El libro se publica en buen tiempo. Los que preparan sus trenes, sus calesas, sus coches; los que el día dos del próximo Marzo, bajen por la calzada Real de Sampaloc, y por el camino de Santamesa en dirección al hipódromo, pueda aprovechar los conocimientos que el libro les brinda y presentarse, en aquellos deliciosos parajes, como verdaderos tronquistas durante los días 2, 3 y 4 del próximo Marzo, día en que se celebrarán las carreras.

El *Pandan*, rey del *Hipódromo*, lucirá su empuje y su brío en la de la copa disputada que ya ha ganado dos veces, y si la obtiene esta vez como algunos esperan, su ginete el señor Oppell, recibirá de manos de las bellas, la elegante y rica presea que el *Club* le dedica.

Durante la semana pasada no hemos tenido teatro ni correo de la patria, ni nada, absolutamente nada, que merezca citarse.

Para la que viene se prepara el *Guzman*, drama notable de que me ocupé en la revista anterior y del que volveré á ocuparme, Dios mediante, luego que se haya puesto en escena; y el 28 ó sea el miércoles, la empresa del coliseo de Arroceros, iluminará y colgará la fachada, conmemorando así y con himnos versos y una función escogida, el aniversario de la toma de Joló, realizado por nuestros valientes soldados.

La circunstancia de haber tenido efecto aquel hecho en añobisiesto, impide conmemorarlo en su día.

Es indudable que el Teatro se verá por demás concurrido, por tratarse de una conmemoración que enaltece en gran manera á la patria.

El otro día nos ocupamos accidentalmente del encargado de hacer el prólogo para la célebre *Flora*. Con este motivo, el *Porvenir* nos dijo que el llamado á realizar tan importante trabajo era el P. Masnou. Nosotros peor ó mejor enterados que el colega, no sabíamos quien fuese y continuamos ignorándolo aun, apesar de la revelación del periódico, por lo cual, proseguimos con la misma reserva, y con las mismas creencias, esperando la aparición de la obra, para saber á que atendernos en esto.

Si en un principio se dijo que el trabajo había sido encomendado á nuestro distinguido amigo el Sr. Mas y Otzet, despues se divulgó que había sido encomendado á otra conocida persona: si se dijo que este debía realizarlo, mas tarde el *Porvenir* nos habló del P. Masnou: si el *Porvenir* nos habló del P. Masnou, otros nos hablaron de otras entidades por demás eruditas y en esta duda, en esta aglomeración de nombres, lanzados al público, volvemos á decir, lo que en un principio dijimos: que no sabemos nada y es mas, que nos proponemos no averiguarlo.

El libro descubrirá este misterio.

Lo que si sabemos de cierto es que se trabaja con la actividad deseada en esta importantísima obra y que las notas del libro, serán dignas de esta y de la reputación que como escritor é ingeniero disfruta el editor, de la misma D. Domingo Vidal y Soler.

Es cuanto podemos decir.

En el presente número aparece el retrato del presbítero D. Jaime Balmes, retrato que debió salir hace días, cuando tuve el honor

de dedicarle algunos artículos, apesar de mi insuficiencia notoria.

Balmes como dije entonces bajo el pseudónimo de Juan del Amparo, fué una de las grandes ilustraciones del siglo y de tal manera notable, que su apologista y amigo el señor García de los Santos, dé quien tomo aquel trabajo, enseñaba á sus discípulos, el cráneo de aquel hombre insigne, como ejemplar nunca visto.

Balmes murió en 1848 y dejó escritas magníficas obras que le valieron el dictado de insigne literato de hábil político y de sábio filósofo.

Hay días azules, días apacibles, días de color de rosa.

El de hoy es negro para nosotros sin que sepamos porque.

Y de aquí el que sea tan breve la presente revista.

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

## LOS GRABADOS.

### MEZQUITA Y MINARETE TURCOS EN CANTON.

La extraña mezcla de arquitectura árabe y China que se advierte en el edificio que representa esta lámina, y la inscripción árabe que se vé encima de la puerta China de entrada, escitan la admiración de los curiosos; el minarete, que tiene 12 piés de elevación, es conocido por los chinos con el nombre de «Pagoda pobre», esto es, desmantelador ó sin adorno. En la actualidad es inaccesible. El resto del edificio es puramente chino en sus lineamientos, aunque es de gusto morisco en todo el decorado. Un *moollah* ó sacerdote mahometano, reside en él é instruye á unos pocos jóvenes en la lectura y escritura de caracteres arábigos. El edificio fué levantado en 850.

### LA PAGODA DE WHAMPOA.

La Pagoda de whampoá, en las inmediaciones de Canton, fué construida durante el reinado del emperador Wan-Li, de la dinastía de los Ming, en una isla llamada por los chinos P'i-pa-chow ó «Isla del Laud» dándosele este nombre por tres colinas que figuran toscamente los contornos de un laud chino. Es uno de los tres edificios que, por su altura, llaman la atención del viajero en los alrededores de Canton. Es comunmente conocido por la «Pagoda del Monstruo marino» y existe una tradición segun la cual la conservación de este monumento está asociada á la prosperidad de la ciudad.

## LA LENGUA CASTELLANA.

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS.  
(Continuacion.)

La época mas gloriosa para la Monarquía, y lengua castellana, fué el reinado de Fernando III, pues tan santo como político, tan bravo guerrero como hábil legislador, no solo planta el pendon de Castilla en Córdoba, Jaen y Sevilla, doblando la estension de sus estados, sino que dispuso se tradujesen al romance los fueros de las Ciudades, y dió principio al admirable código de las partidas, grandioso monumento de civilización, legislación y buen lenguaje. La muerte no dió lugar al santo rey para dar cuna á tan importante obra. Estaba reservada esta gloria á su hijo Alfonso X, el que dió el mayor impulso á el habla castellana; y eternizó su nombre cuando mandó en el año de 1240, hallándose en Sevilla, que todos los documentos y escrituras públicas se escribiesen en romance con el objeto de que este idioma, grosero á la sazón, se generalizase y puliese. Consiguió cumplidamente este objeto el rey sabio, y enriqueció á la joven lengua con sus obras, ya en verso, ya en prosa, que aun hoy día son tipos de buen lenguaje, pureza y elegancia. En los siglos XIV y XV se estendió y propagó el castellano no solo por la citada providencia de don Alfonso, sino por las muchas obras poéticas ó prosaicas que empezaron á publicarse como señal del despertar de las ciencias dormidas por tanto tiempo. A fines del siglo XV comenzó una nueva época de ventura, civilización y cultura para España y la lengua, así como el nombre de Castilla llenaron la tierra, pues el comercio, descubrimientos, conquistas, y trato de los españoles con las

naciones mas aventajadas en la civilizacion, en especial la latina y Flandes, donde las musas se refugiaron luego que los turcos las arrojaron de Constantinopla, donde tenian su asiento, causaron notabilísima revolucion en las ideas de los españoles, que las multiplicaron prodigiosamente con el ausilio de la imprenta, admirable invención que nació tambien por aquel tiempo. Entonces se elevaron á las ciencias los célebres monumentos de Salamanca Alcalá y Valladolid de donde salieron tantos hombres eminentes por su saber, honra de nuestra patria y que nos legaron en sus eruditos y elocuentes escritos, una muestra de la elegancia y magestad que el idioma castellano adquirió en aquella época, la mejor para España. De entonces datan algunas pequeñas alteraciones ó reformas en la lengua, tales como cambiar la conjuncion é en y, la palabra equador, por iquidor hombre por home, ciudad por Eddad etc. En el siglo XVII, el lenguaje castellano, siguiendo la suerte de la Monarquía, decayó mucho de su antigua nobleza y magestad, y se generalizó un estilo hinchado y fanfarron que lo desfiguró y corrompió lastimosamente, hasta que á principios del Siglo XVIII fué restaurado el buen gusto en el hablar y escribir, por el rey Felipe V con la instalacion de la *Academia española* cuerpo formado de personas eruditas escogidas para la noble empresa de conservar pura la riquísima y sonora lengua castellana. Con la gramática y ortografía que aquella ilustrada corporacion publicó al poco tiempo de su formacion, fijó la escritura, la pronunciaci6n y la sintaxis y su gran diccionario erigió un monumento eterno al idioma castellano, hoy ya español, tan estendido en el mundo que segun el ya citado padre Larrañendi consta de 13.365 vocablos radicales, de los que 5.855 son derivacion Latina, 1.351. Vascongada, 555 Arabe; 973 Griega; 90 Hebraica y 2.786 de origen desconocido.

Creemos no desagradará á nuestros lectores la muestra de la prosa y verso castellanos de cada siglo, para formar una idea dará de su estado en su origen y de sus progresos en los tiempos que alcanzamos.

NICOLAS CASTOR DE CANNEDO

Inscripcion que se conserva en la Iglesia de Sta. Cruz, cerca de Caugas de onis que es la escritura mas antigua que existe en España desde la época de la entrada de los Moros, y que puede servir de muestra, del lenguaje Español en el siglo octavo.

Resurgit ex precéptis dibinis hec mama sacra  
Opere suo cum tum fidelibus votis  
Perspicue clareat hoc temptum obtutibus sacris  
Demonstrans figurallites signaculum alme crucis  
Sic Cristo placens hec aula sus crucis tropheo sacra  
Quam famulis Fafila sic condidit fide probata  
Cusn Fralluliba conjugae ac morucu profium pignoranata  
Quibus Criste tuis mulieribus sit gratia plena  
Ac post hñjus vite de curama preveniat misericordia terga  
Hic valeas kirio sacratas ut altaria cristo  
Diel devolutis temporis anis c. c. c.  
Seuli estati porruta, perordium septa  
Aerreute era septingentesima, septuagésima quinta.

SIGLO DOCE.

Poema del Cid, de autor anoncino

Tu eres Rey de los Reyes é de todo el mundo [Padre]  
A tí adoro é creo de toda voluntad  
E ruego á San Pedro que me ayude á rogar  
Por mio Cid el campeador que Dios le curie de [mal]  
Cuando hoi nos partimos en vida nos faz [yuntar]  
La oracion fecha la ysa acabado la han.  
Salieron de la Iglesia ya quieren cabalgar  
El Cid á Donna Ximena ibala abrazas  
Donua Ximena al Cid la manol va á besar  
Lorando de los oyo que non sabe que se tar  
E el á las niñas tornolas á catar  
A Dios vos acomiendo fijas  
E á la mugier é al Padre espiritual  
Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar  
Lorando de los oyo que non viestes á tal  
Asis parten unos d' otros como la ña de la [carne]  
Mis Cid con lossos vasallos pensó de Cabalgar  
A todos esperando la cabeza tornando va  
A tan gran dolor Pablo Minaya Alvar Lañez  
Cid, do son vuestros esfuerzós?  
En buen hora nasguivestes de Madre  
Pensemodesir conestra dia, esto sea de vagar  
Aun todos estos duelos en gozo le tornarán  
Dios que nos uió al almas, consejo. nos dará.

FUERO DE AVILES.

Estos suist los foros que deu el Rey don Alfonso ad Abilies quando la poblou par foro Sancti Facunde et otorgola Emperador. En primo per Solas prendes un sal ó lo Reu, et dos dineros á lo Sayo en cada ano un sol

en censo por lo salar, et qui lo vendes de un sol á lo Ray, et qui lo comparas dará dos dineros á lo Sayó; et si uno salas si partir, en quantas soates si partis tantos salidos dará, et quantos solares si ternarsen in uno vna censo darán. De casa no morar et fogó faces dara un solo de fornage, et fará forno qui quisier. Home poblador de Abilies, quanta hereditat poder comparas de fora de tierras de villas, seyo tranca de levas en quisier, et de vender et de dar, et de facer de ella Zo que il placer, et non fana per ella negudo servicio. E ne quiso home non pose en casa de home de Abilies, sine suo grado sinon per suo grado, pausar á forcia pausar defendui con suos veideros quanto pader. En estos foros quam deo Rey Den Alfonso, et otorgon quam homes de Abilies non vadant in fosoado si el mismo non fuise cercado, vel lide campál non habeat coma de quantos reis que port el viasent: et si el acercado fore vel lide campál habicise des qua les pregoneros fuisent per illa terra quam non existet homes de Abilies non fuissent de fosoado ata que non visent tota ella gente motuda Peyon et caballario de boca de volcaces atá Leo. Et que illos pasados serant nori esceant ata tercio dia et illos mayorinos que illo Rey pose siant vecinos de illa villa, et un franco et un Gallego, que ilos ponga por laudamento de illo concelio que demandant los diratos don Rey et tengant los vecinos eo foro es altro si los sayones et quo modo tanto placirá ad illo Rey que se deat mayorino. non sedeat expatado, et si illo non giosierit, non sedeat mayorino.

SIGLO TRECE.

Peoma sagrado de Berceo

Yo maestro Gonzalo de Berceo nominado  
Yendo en romeria caeci en un Prado  
Verde é bien senudo de flores bien pablado  
Logas cobdiciad ver ó para un home cansado  
Daban olor soleio las flores bien olientes  
Refrescaban en home las caras é las mientes  
Manaban cada canto fuentes claras corrientes  
En verano bien frias en invierno calientes.

LIBRO DE LAS QUERELLAS DE ALFONSO EL SABIO.

A tí Diego Perez Sarmiento, leal  
Cormano é amigo é firme vasallo  
Lo que á mis homes por cuita les callo  
Entiendo decir plañiendo mi mal.  
A tí que quitarte la tierra é cabdal  
Por las mias haciendas en Roma y allende  
Ohí péndola vuela escuchala dende  
Ca, grita doliente con fabla mortal  
Como yace solo el Rey de Castilla  
Emperador de Alemaña que foé  
Aquel que los Reyes. besaban el pié  
E Reynas pedian limosna é mainilla!  
El que de muerte mantubo en Sevilla  
Diez mil de acaballo é tres dobles Peones  
El que acatado en lejanas naciones  
Foe por sus Tablas é por su cuchilla.

LIBRO DE LAS PARTIDAS POR EL REY D. ALFONSO EL SABIO.

Segunda partida de como han de ser fechos los caballeros. Espada es arma que muestra quatro significanzas que ya habemos dicho. E porque el que ha de ser caballero debe haber por derecho aquellas quatro vertudes, establecieron los antiguos que recibiesen con ella orden de caballeria é non con otra arma es esto ha de ser fecho en tal manera, que pasada la vigilia, luego que fuese de dia, debe primeramente oir su misa, é rogar á Dios que le guie sus fechos para su servicio. E despues ha de venir el que le ha de facer caballero, é preguntarle, si quiere recibir orden de caballeria, é si digese si, hale de preguntar, si la materná asi como se debe mantener, é despues que gelo otorga, se debe calzar las espuelas, ó mandar á algun caballero que gelas calze. E esto ha de ser segun que el ome fuese é el lugar que tuviese.

SIGLO XIV.

POESIAS AMOROSAS DEL ASCIPRESTE DE HITA.

De talle mui apuesta de gestos amorosa  
Dónegil mui lozana, plastera et fermosa  
Cortés et mesurada falaguera donosa  
Graciosa et risueña, amor de toda cosa.  
Señora doña Venús mujer de Don amor  
Noble dueña omillome yo vuestro servidor  
De todas cosas sodes voz el amó y señor  
Todos vos obedescen como su facedor  
Reyes, duques et condes é toda criatura  
Vos temen é voz sirben como á vuestra fechura  
Cumplid los mios deseos é dadme dicha é ventura  
Non me seades escasa, nin esquiba nin dura  
So ferid é llagado de un dardo so perdido  
En el corazon lo traigo encerrado et ascondido

Non oso mostrar la laga matarme á si lo olvidó  
E aún decir non oso el nombre de quien me ha [ferido]

El color he perdido mis sesos desfalleseu  
La fuerza non la tengo mis ojos non paescen  
Sivov non me valedes mis miembros desfallecen.

CRONICA DE DON PEDRO LOPEZ DE AYALA.

COMO EL REY DON PEDRO SALIÓ DE MONTIEL Y MURIÓ  
E stonce el Rey D. Enrique conoció é firióle con una daga por la cata: é dicen que amosados el Rey D. Pedro é el Rey D. Enrique cayeron en tierra é el Rey D. Enrique le firió estando en tierra de otras heridas. E allí murió el Rey D. Pedro á veinte é tres dias de Marzo de este dicho año: é fué luego fecho grande ruido por el Real ona vez, diciendo que se era ido el Rey D. Pedro del Castillo de Montiel: é luego otra vez en como era inuerta. E murió el Rey D. Pedro en edad de treinta é cinco años é siete meses. Ca nació en el año del señor de mil trescientos é treinta é tres é regnó del año del señor de mil trescientos é cincuenta é finó año del señor de mil é trescientos é sesenta y nueve.

É fué el Rey D. Pedro asaz grande de cuerpo é blanco é rubio, é ceceaba un poco en la fabla.  
(Se continuará.)

FR. JOSÉ TORRES.

LAS NAOS DE ACAPULCO.

Pocas cosas han ocupado mas, y por mas largo tiempo, la imaginacion de los Filipinos que las Naos de Acapulco.

El haber cesado los viajes de dichas Naos desde principios de este siglo, el ocuparse aun de aquellas generaciones que no las alcanzaron, y la falta de exactitud de algunos relatos que á ellas se refieren, nos mueven á coger la pluma para decir dos palabras referentes al asunto en la apraciabilísima y muy ilustrada *Revista Oriente*.

Conociáanse con el nombre de Naos de Acapulco, los barcos en que desde la santa dominacion Española, hasta principios de este siglo, los Filipinos hacian el comercio con Nueva España.

El nombre de Naos á dichos barcos tuvo su origen en el medio dia de Europa.

Las Naos no eran barcos especiales, como algunos han creído, pues no se diferenciaban en nada de los demás barcos.

El atraso en que en los pasados siglos estaba aun la construccion naval, hacía que las Naos fuesen cortas y anchas en forma de media luna, con los extremos ó puntos hacia arriba y poco elevadas del agua por mitad, la cubierta la formaban unas tablas mal unidas en direccion de popa á proa.

El haber tomado estos barcos el nombre de Naos de Acapulco fué porque el puerto de Acapulco era el destinado á las transacciones mercantiles, y con este motivo iban á dicho puerto.

En estos barcos dieron los Españoles la vuelta al mundo!

Con estos barcos conquistaron un nuevo mundo!

Y con estos barcos dominaron tantas tierras que el sol no se ponía nunca en dominios España.

Permíteme España amada, patria mia querida, goze con estos recuerdos, y dame la esperanza que abrazarás con el fervor de entonces la Cruz de nuestro Redentor, para que con ella y la fidelidad al legítimo Monarca Alfonso XII vuelvas á ocupar el primer puesto en el mundo del cual fuistes despojada por la osadía de algunos de tus traidores y poco cristianos hijos.

En los pasados tiempos dependieron estas Islas de un situado en metálico que venía de las cajas de Méjico, lo cual ha durado hasta los primeros años de este siglo.

La conduccion se hacia por medio de una grande nao ó galeon, todos los años ó cuando habia proporcion; siendo el puerto de Acapulco en el mar Pacifico el punto de reunion.

Venia en la nao, además del situado, toda la correspondencia oficial, pertrechos y armas. Tambien venían las bulas y el papel sellado. Conducía además de pasaje á los empleados y funcionarios públicos de todas clases destinados á estas Islas, á los misioneros y á la tropa con que se reemplazaban aquí las bajas que ocurrían, siendo estos soldados voluntarios que es

alistaban en Nueva España, ó condenados, por la Audiencia de Méjico, para servir aquí por tiempo determinado.

El gobierno dejaba la parte libre del buque para aprovechamiento de estos vecinos, repartiéndolo por lotes de un número señalado con arreglo á la capacidad de él, todo lo que se podía cargar que iba libre de flete.

Tenían este permiso, que se llamaban boletas, algunas clases por privilegio como eran el cuerpo consular, los regidores perpétuos y otras. Y algunas también para que se ayudasen por razón de sus cortos sueldos y congruas como eran los militares y los canónigos. A otros como por ejemplo á las viudas de ciertas clases, se les repartían boletas para que se ayudasen en sus necesidades.

Los que obtenían estas, no siempre eran los cargadores, pues los pobres que no tenían fondos para hacer sus mercancías y facturas, las cedían á los comerciantes y hubo temporadas en que valieron las boletas muy caras.

El día de salida de la nao era solemne en Manila y mucho más el en que se avistaba este buque cargado de plata y de gente, dos cosas de mucha importancia para estas Islas.

Pero también con frecuencia, se recibían malas noticias porque sea por falta de buenos planos ó instrumentos náuticos, por defectos de construcción de los buques ó por impericia de los que los mandaban, lo cierto es que se perdían naos con mucha frecuencia y con ella las esperanzas de los que aquí quedaban.

También los ingleses en tiempo de guerra apresaron algunas, y hubo comodoro que entró en el Tamesis con las velas de su buque forradas con el damasco encarnado robados que los Filipinos llevaban á vender á Nueva España.

Las Naos cargaban con algunos géneros y efectos de China, con muchos tejidos de la costa de Coromandel y con frutos de este país.

Los primeros los obtenían de los mismos chinos que con sus champanes abastecían anualmente á Manila de todo y venían aquí en gran número. Los segundos de los Parsis y Armenios que desde la apertura del puerto de Manila á las naciones extranjeras, concurrían con las cambayas de Madrás, con las hitas, los mamudies, los elefantes y otros géneros de la India.

De este modo muchos de los millones de pesos que conducían las Naos pasaban por Manila como por un conducto para ir á China y á la India: otros millones pasaron á las obras pías y el resto se ha perdido sin pasar á la segunda generación que solo conserva hoy la memoria de las grandezas con que se crió, y el convencimiento de lo percedero que es todo en este mundo.

El comercio que se debe estimar el único medio para acalorar esta gente casi dormida, ó mal despierta, se halla en un estado enteramente distinto ó enteramente contrario á las infinitas relaciones que diariamente se publican; se supone graciosamente, que fuera de las cargazones que se emplean en la carrera de Acapulco hay otras muchas, que pueden producir excesivas ganancias, pero nada hay más incierto que esta aseveración. Los empaques, ó las memorias que se emplean en habilitar el único barco de comercio, con algunas ventajas es el de Acapulco. Este que es el único asilo de donde á su retorno se halla alguna plata en Filipinas, no hace más que un viaje cada año, y si este se desgracia ó por pérdida ó por una arribada, debilita tanto á los comerciantes, que algunos son víctimas de la desgracia á causa de que su subsistencia resulta precisamente de unas ganancias de géneros extranjeros para cuya compra anticiparon la plata, y como esta en tanto les produce en cuanto la comercian, cesando el giro, por alguna de las contingencias apuntadas, cesa también el modo de poder subsistir á causa de que consumen en gastos poco á poco los débiles caudales de que se goza en este comercio.

«La prueba más evidente de cuanto acabamos de proponer se hace casi matemáticamente demostrable con solo volver los ojos á la multitud de años que corrieron hasta ahora desde la conquista; pues sin embargo de las ponderaciones con que se han pintado las ganancias de los comerciantes, no hallamos en

ellos ni siquiera un caudal sobresaliente, ni menos casa alguna que se haya fundado con unas subsistencias permanentes: doscientos años han pasado manejando una ganancia que elevó el capricho ó la falta de conocimiento hasta el entusiasmo, pero en todos ellos no se halla una casa bien establecida, que pueda convenernos á la verdad de aquella ostentosa pintura. Aquí no se hallaron sino unos caudales medianos, y ningún sobresaliente; aquellos se conservan á fuerza de arbitrio, que hace discurrir la necesidad, y podría asegurarse sin riesgo de tener que arrepentirnos, que si no fuera por los fondos de las obras pías que fundaron nuestros mayores, ya nuestro comercio se hallaría en el estado más deplorable.

Estos son las que le han hecho subsistir, ya con más, ya con menos vigor, pues no hay ninguno de los comerciantes que no cuente sobre sus fondos para calcular sus ganancias las que acaso serían ningunas, sino fuera por este recurso.

Lo que hace brillar al comercio en general no son unas ganancias casuales aunque sean excesivas, pues este florece con una mediocridad cuando los cambios de unas mercaderías por otras no cesa de proporcionar ganancias al mercader: en este caso sobre la certidumbre de las ventas, y del círculo que puede arbitrar para que así las platas como los efectos no cesan de producirle, cuyas cuentas y cuyos planes no se pueden formar en Filipinas á causa de que todo el comercio depende de solo un barco. Si el mercader se alienta á engresar sus memorias, aventurando porción considerable de su caudal, y el navío se pierde, queda infaliblemente prostrado, ya porque al año siguiente tiene que esponderse á igual riesgo, ya porque en el tiempo que intermedia no tiene donde ganar para alimentarse: aun cuando no se pierda el navío, sino que tan solamente arribe por algún fracaso, el mercader se debilita de tal modo, que apenas puede resarcir el atraso en muchos años, y como esto suele acontecer con más continuación de lo que suele imaginarse, de aquí es que los caudales no crecen hasta aquel punto que necesita un comercio tan arriesgado, y tan tardío en su movimiento.

«Si á este se le acalorase con la persuasión del libre comercio, así con la Nueva España, como en el Perú se podría fácilmente aumentar hasta un grado que le distinguiese de todo el resto de la India, pues con la abundancia de la plata se atraería crecido número de comerciantes, y con ellos y el auxilio de los barcos propios formaríamos una especie de almacen general en las Islas, y desde ellas entablar un comercio directo así con Cádiz, como con otras partes; pero mientras no llega este caso, (que miro muy remoto) se hace preciso contar con solo el barco de Acapulco.»

«Este solo debe conducir los géneros de los vecinos de Manila con esclusión, y no puede ascender su carga sino á la suma de 500 mil pesos, que solo deben producir un millón, pues tan solamente esta cantidad se puede retornar, de lo que resulta, que el cuerpo de comerciantes debe formar sus memorias con una precisión de que no pueda resultar exceso; pues si este se verifica, se esponen á la casualidad, ya de que se les decomise la carga, como ha sucedido muchas veces, ya de que no se les permita embarcar el retorno que les produjo sus facturas; y de uno y otro modo el perjuicio ni puede ser más grave, ni tampoco más sensible para un negociante que antes de rendirse los riesgos, ya suele tener meditado el modo de dar destino á su caudal, con ventaja de sus intereses.»

«Se puede tener por cierto, que una providencia contraria sería muy útil no solo al cuerpo de la nación en comun, sino al de comerciantes de las islas en particular: estos mirándose libres de las prisiones con que se les ha procurado oprimir por el comercio de Sevilla, entablarían sus correspondencias, así con el Imperio de la China, como con toda la costa de Coromandel con otra regularidad y bajo de unos principios más sólidos y más lucrativos. Los géneros abundarían á unos precios cómodos, y después de haber introducido la abundancia de que se carece, nos hallaríamos con más plata de la que en el estado actual podemos

retener: esta verdad no es de las que necesitan pruebas, ni para persuadir, ni para convencer. Apenas se hallará comerciante medianamente instruido que no perciba los fundamentos sobre que se puede afianzar esta aseveración. Ninguno puede ignorar que por menos géneros se puede sacar más plata: la misma escasez es la que aumenta su valor, y de aquí resulta empobrecerse la tierra sin surtir de lo necesario; un sombrero por ejemplo atendiendo á su intrínseco valor, y á las ganancias del mercader estaría bien pagado en dos pesos, y la escasez le eleva al precio de ocho: en este caso quien padece es el público: el mercader nacional, que compra en estas circunstancias de segunda mano no puede prometerse crecidas ventajas, pero el extranjero, que sabe aprovecharse de la indigencia, triplica su caudal con ruinas del Estado dejando á los patriciones en una dolorosa necesidad, la que no llegarían á padecer si fuesen muchos los concurrentes con igual género porque en este caso se podrían surtir con el tercio, y no podrían sacar más plata aunque el despacho se triplicase.

Los habitantes de Manila estuvieron en posesión de mandar un galeon á Acapulco durante muchos años.

Su porte era de 1200 á 1500 toneladas; su carga consistía en 1500 fardos iguales.

El buque era de cuenta del Rey.

El comandante tenía el título de general y bajo sus órdenes un Capitan que ganaba por viaje 40,000 pesos.

El pilotó cerca de 20,000 y cada uno de los contramaestres, casi la mitad de esta suma.

El maestre tenía 9 p<sup>o</sup> de comision de venta y con su particular negocio etc. ganaba sobre 350,000 pesos.

A mediados de julio salía el galeon de Manila y llegaba á Acapulco en Enero. Los retornos consistían en grana, dulce, vinos de España y cerca de un millon y medio de pesos.

El comodoro Auson apresó á la Nao Nuestra Señora de Covadonga con 1.313,843 pesos y 35,682 onzas de plata virgen, cochinilla etc. en el año de 1743. En 1762 fué tomada la Trinidad cuyo cargamento se estimaba en 3 millones de pesos.

Por la vía de Méjico gobernaba España esta colonia, á falta de navegacion fija directa, hasta el año de 1733. La Real compañía de las islas Filipinas, principió con un privilegio que la aseguraba por 20 años el comercio esclusivo de la costa de Africa y de los países situados al E. del Cabo de B. E. los principales artículos, eran:

1.<sup>o</sup> Usar bandera de guerra en los buques de la compañía que no pagarían en los puertos derechos algunos y ser considerados como oficiales de la armada los suyos.

2.<sup>o</sup> Libertad de derechos en la esportacion de plata.

3.<sup>o</sup> Pagar en Cádiz por derecho de entrada de las especies 8 p<sup>o</sup> y 5 de los demás efectos.

4.<sup>o</sup> El capital consiste en 4,000 acciones de 1,000 pesos.—Total 4,000,000.

5.<sup>o</sup> Habrá 9 directores nombrados por el Rey, de entre los accionistas que sean propietarios de 25 acciones.

En 1764 salió de Cádiz el buque del Estado «Buen consejo», que llegó con felicidad á Manila por B. E. y retornó con un rico cargamento: dos años después en este barco regreso á España al héroe Anda.

Hasta 1784 se continuaron estos viajes por dicha ruta.

En 1785 acababa de espirar la compañía de Caracas y entonces se formó el plan de unir el comercio de Asia y América con el de Europa. El rey aprobó el siguiente plan para la Real compañía de Filipinas.

1.<sup>o</sup> Durará 25 años á contar del 1.<sup>o</sup> de Julio de 85.

2.<sup>o</sup> El capital será de 8,000,000 de pesos sencillos divididos en 32,000 acciones de 250 pesos.

3.<sup>o</sup> El Rey se suscribe por un millon, escluyendo el capital que tiene en la de Caracas.

4.<sup>o</sup> La compañía de Caracas se incorpora á la de Filipinas y entra con todo lo que posee segun avalúo.

5.º 3.000 acciones se reservan para los habitantes de Filipinas que pueden suscribirse por dos años y sus acciones serán transmisibles por endoso y dándoles el valor en que convengan las partes.

6.º La compañía no tomará dinero á premio pues en caso de necesitar alguna suma, hará una suscripción adicional.

7.º Prohibido á todo buque el comercio de Filipinas.

8.º Libres de derecho los productos de España y América española y los extranjeros que se hallen á bordo de los buques de la compañía pagarán 2 p<sup>o</sup>.

9.º Para que la compañía pueda tener los efectos del Oriente necesarios á su tráfico, se declara á Manila puerto habilitado por el tiempo de la compañía para que los buques del Asia puedan llevar sus producciones y retornar plata, efectos de Europa, de América ó de Filipinas, pagando 3 p<sup>o</sup> por derechos de la primera 2 1/2 p<sup>o</sup> por los efectos extranjeros y nada por los de dominios españoles.

10. Habrá una junta de 9 directores autorizados por el Rey para dirigir los negocios de la compañía.

Por Real orden de 15 de Agosto de 1789 se permitió á los buques europeos importar en Manila, durante 3 años á contar desde Setiembre de 1790, todos los efectos y producciones del Asia, pero no efectos de Europa, y recibir en retorno los de España, Filipinas, América, ó efectos extranjeros importados por la compañía con inclusion de plata.

1796. La guerra que se extendió en Europa, entorpeció el comercio de la compañía; pero sus buques llegaron á puerto sin ser apresados y con los productos de sus cargamentos se pagó el dinero prestado y se hicieron algunos dividendos entre los propietarios.

1803: Carlos IV dió nuevo privilegio á la compañía, cuya duración se fijó hasta el 1.º de Julio de 1825.

Las principales cláusulas son las siguientes:

1.º El capital será de 12 1/2 millones de pesos en acciones de 250 pesos.

2.º El Rey cede con la propiedad y pone en la compañía 3.943,250.

3.º Los extranjeros pueden poseer acciones y disponer de ellas no obstante que sus Soberanos estén en guerra con España.

4.º 20 acciones dan derecho á un voto y ninguno podrá tener mas de un voto, pero incorporados en número suficiente lo tendrá.

5.º Se prohíbe á la compañía y sus dependientes tener interés alguno en el comercio de la Nao de Acapulco, excepto cargar añil y otros productos de las Islas pagando 9 pesos quintal y reuniendo retorno por el valor producido de lo embarcado.

6.º La compañía no se mezclará en el comercio interior de las Islas ni en el que los Filipinos hagan con los puertos del Asia.

7.º El puerto de Manila se declara abierto á las naciones de Europa; pero solo para introducir mercaderías del Asia, pudiendo retornar los productos de Filipinas excepto el algodón, cuya esportacion queda reservada á la compañía y habitantes de Filipinas: además pueden esportar efectos extranjeros que hayan sido importados por la compañía y plata. Ésta pagará 3 p<sup>o</sup> de extracción y los demás efectos nada.

8.º Los efectos asiáticos pueden ser internados en España pagando los mismos derechos que las mercaderías españolas; el té y otros efectos pueden ser esportados de España por la compañía y pagando los derechos que otros géneros.

9.º Los buques de la compañía saldrán de la India ó China, directamente para España.

10. Establecerá factorías en otras partes del continente de Asia.

11. En tiempo de guerra y hasta seis meses despues de publicada la paz en Manila está autorizada la compañía para llevar los productos de Filipinas y del Asia, al Perú Buenos Aires y otros puntos de la América del Sur, directamente desde Manila por valor de medio millon de pesos anualmente, no pagando ningun dere-

cho de extracción, pero sí 13 p<sup>o</sup> de introduccion en Lima por los efectos de Asia y nada por los de Manila, pudiendo retornar en plata los productos pagando 9 1/2 p<sup>o</sup> de extracción.

La invasión de España por los franceses interrumpió las operaciones.

(2) Hé hablado en este capítulo al principio de las pérdidas de Naos que tanto perjudicaron al progreso de las obras pías; ahora se enumeran los naufragios y apresamientos de aquellos buques de que he podido adquirir noticias y es como sigue:

Los navios que apresó «Drake» fueron en tiempo del Sr. Sande.

El navío «Sta. Ana» fué apresado por Echaesch en su recalada á la costa de la California en 1586. no estaba fundada la Misericordia; pero si las obras pías de S. Agustin. Este inglés entró (dice la historia) en Inglaterra con velas de damasco y jarcias de seda.

El galeon «San Felipe» arribó al Japon y por impericia del práctico ó con dañado intento de aquellos naturales, baró y se hizo pedazos en un banco de arena del puerto de Urand, apoderándose el Emperador de todo su cargamento que se estimaba en millon y medio de pesos, contra el derecho de gentes, levantando además una persecucion en que martirizaron á los PP. Franciscanos y otros cristianos, cuya festividad celebra la Iglesia con la advocacion de los Santos mártires del Japon, 1597.

De dos Naos que salieron para Acapulco se perdió la una en Catanduanes, viniendo de arribada y la otra fué tomada por los naturales de una de las Marianas: 1600.

La Nao «Santa Margarita» se perdió en Marianas.

La Nao «San Francisco» se perdió en las costas del Japon 1609.

El Galeon «San Francisco Javier» se perdió en la costa de Samar 1654 ó 55.

En Cavite se prendió fuego á la Nao «Concepcion»; 1630.

El Navío «Sto. Cristo de Burgos» salió en 1693 y no se ha vuelto á saber de él.

El Galeon «S. José» naufragó en Luban, toda la hacienda se perdió mas 40 personas que se ahogaron: 1694.

La Almiranta que venía en Convoy con el Sr. Cruzat y Góngora, naufragó en Marianas.

El Galeon «S. Francisco Javier» naufragó muy interesado y no se ha tenido noticia ni aun de las reliquias del naufragio 1705.

La almiranta fué apresada en las costas de California por los ingleses en 1710.

Otro Galeon «Santo Cristo de Burgos» se perdió en la isla de Ticao 1718.

La Nao «Ntra. Sra. de Covadonga», fué presa del almirante Anson despues de batirse y perder sesenta hombres: cogió Anson millon y medio de pesos en plata efectiva.

La fragata «Pilar» salió para Acapulco y no se ha sabido mas de ella. 1752.

La «Trinidad» volviendo de arriba fué cogida por la escuadra de Draker 1762.

(1) Vamos á hacer una ACLARACION á nuestro juicio importante, por las malas consecuencias que á Filipinas ha traído la creencia de algunos, ENTRE ELLOS, personas que pasan por entendidos, y por ello por desgracia de positiva influencia en el país.

Filipinas ni antes ni ahora ha estado en DEFICIT.

Antes cuando el *situado* venía de las Américas, allí se compraban los pingües ingresos de *importacion y esportacion*, de todo el comercio de Filipinas, el cual se hacia solo por dicho punto, con este motivo en las Cajas de Méjico quedaban los *ricos ingresos*, y *aquí* Filipinas venía un *pequeño* contingente: este era el *situado*, milésima parte de lo que producían los derechos del comercio de Filipinas.

Hoy tampoco habría *déficit* si entrase en nuestras cajas de Manila por ser de ellas el valor del tabaco que se remite á España.

La distraccion de caudales á diferentes cosas que á lo que naturalmente están llamadas como por ejemplo *las fallas y redenciones* de la direccion Civil trae fatales consecuencias de lo que con *estension* nos ocuparemos algun dia.

FELIPE M. DE GOVANTES.

BIOGRAFIA

DEL M. MASTIR, ILLMO. Y RMO. SR. D. FR. VALENTIN BERRIO-OCHOA, OBISPO CENTUARIENSE Y VICARIO APOSTOLICO DEL TUNQUIN CENTRAL. (1)

(Continuacion.)

La mortificacion interna no le era menos familiar. Con ella conseguía tener á raya todas sus afecciones y deseos. Nunca se le veía inmutado por ninguna cosa; ni se observaba en él accion ó pregunta alguna que procediese de mera curiosidad. Vivía en la tierra; mas su trato y su conversacion estaban siempre en el cielo: nada llamaba su atencion, sino el cumplimiento de sus deberes. Y, apesar del extraño rigor que consigo observaba, era con sus prójimos condescendiente hasta lo sumo. Poseía el secreto de saber siempre escusar las acciones y palabras ajenas. Su humildad era ingenua, y hallaba razones para persuadirle, que era el peor de todos sus cononvicios. *¡Ay hermanos! repetía muchas veces, VV. aunque tengan algunos defectos, son todavia unos niños; pero yo soy un sacerdote... he celebrado tantas veces el santo sacrificio; y sin embargo... No sé cuando he de empesar á corresponder á los divinos beneficios.*

Su caridad se manifestaba como un volcan, que ardia dentro de su pecho: esta sola palabra llenaba su corazon. Con frecuencia se le oía decir: *¡O hermanos! la caridad... tengamos caridad... ¡Oh! la caridad. Bien se echá de ver por estas frases cortadas la impresion que causaba en su espíritu el solo recuerdo de esta virtud sublime.*

La obediencia era para él la palabra de Dios en boca del hombre. Por eso decia que, si el Prelado le mandara arrojarle en el fuego, lo haria sin detencion, persuadido de que aquella era la voluntad de Dios.

Solicito de no perder jamás un momento de tiempo, lo repartía entre la oracion y el estudio. La suma del Angelico Doctor y las cartas de S. Pablo eran los dos libros donde él se inspiraba, y de donde sacaba á la vez frutos de ciencia y de virtud. Oíasele además resitar con una exactitud admirable varios libros del antiguo y nuevo testamento; y se habia propuesto ultimamente mandar á la memoria toda la suma del Angelico doctor, estudiando cada dia dos artículos, á pesar de tantas obligaciones como sobre él pasaban, y en medio de los horrores de una persecucion la mas terrible.

Desempeñó en Ocaña por algun tiempo el cargo de maestro de Conversos; ó bien sea Director de los religiosos legos. De su porte prudente, benigno, caritativo y afable pueden dar testimonio los que fueron sus súbditos. La estimacion en que le tenían se manifestó muy bien en las lágrimas que vertieron al verse obligados á despedirse de él.

Con efecto la obediencia le intimaba que pasase á estas islas, y á mediados del año 57, el convento de Sto. Domingo de Manila era ya testigo de sus virtudes.

Desde luego se podía augurar hácia que punto le inclinarian su caridad y su celo. Las misiones de Tunquin habian sido siempre su norte; y en la primera ocasion oportuna, solicitó pasar á ellas, lo cual le fué concedido. Entró en el Tunquin el año 58, á donde le había precedido ya la fama de sus virtudes, y de su mucha prudencia, que bien pronto le granjearon el aprecio y admiracion de todos.

Era entonces Vicario Apostólico el Venerable martir señor Dr. Fr. Melchor Garcia Sampedro, dignísimo Obispo de Tricomia. Muy pronto dicho Sr. advirtió en el joven Misionero una sólida virtud, y una instruccion algo mas que ordinaria, acompañadas de una prudencia y discrecion nada comunes. Estaba sumamente complacido; y se daba mil parabienes por la suerte que acababa de haberle en adquirir un colaborador de tales prendas; y su satisfaccion subió de punto cuando contemplaba aquella humildad profunda, aquella ciega obediencia, y aquel espíritu de oracion y mortificacion en que tan

(1) Véase el num. anterior.

alto rayaba el P. Berrio Ochoa. Pensó desde luego en consagrarle Obispo Coadjutor suyo, y lo verificó efectivamente á últimos de junio del mismo año 58, no sin grande resistencia por parte del humilde Misionero, quien, despues de haber razonado inútilmente sobre la inconveniencia de su consagracion, se vió obligado á aceptar la nueva dignidad, por creerlo ya un deber de conciencia.

Amargo caliz le tenia preparado el señor en los designios de su providencia. La persecucion, que por entonces iba siendo cada vez mas cruel envolvió al poco tiempo entre sus ruinas al dicho vicario Apostólico Sampedro, haciéndole padecer uno de los mas crueles martirio; y el señor Berrio Ochoa quedó cargado con el gravísimo peso del vicariato central, cuando ni aun sabia el euredoso idioma de aquellas gentes.

Cualquiera que hubiese carecido de la virtud y despejo del nuevo Prelado, hubiera indudablemente sucumbido bajo el peso de tantas dificultades; y asaz hiciera con unir su frente con el polvo, y orar delante del señor, vertiendo amargas lágrimas. Pero el nuevo prelado tenia un corazon grande y un alma á quien la virtud habia comunicado un temple extraordinario; oyó con resignacion heróica la prision y mar-



P. de Floyd.

MEZQUITA Y MINARETE TURCOS EN CANTON.

tirio del V. Sampedro, y tomó sobre sus hombros la pesada carga de vicario Apostólico con una serenidad, cual solo Dios puede comunicar, y sin que le arredrasen las circunstancias difíciles por que estaba pasando aquella afligida cristiandad.

Partió al vicariato Oriental, para emprender el estudio de la lengua al lado del señor Alcazar, y á los seis meses ya estaba en disposicion de poder manejarse por si solo. Entonces fué, cuando empezó á manifestarse en toda su estension el celo abrasador, que ardía en su pecho, y aquel tino y prudencia ya admirados en él, pero no bien conocidos hasta aquellos críticos momentos. La caridad ferviente con que amaba á los atribulados, que la providencia le confiara, le hacía trabajar incansable para librarlos del terrible enemigo, que amena-

zaba su ruina; consolando á los afligidos, alentando á los pusilánimes, y comunicando á todos la fortaleza y el valor necesario para sufrir hasta la muerte, antes que romper el lazo de la fé que los unia con su Dios.

Y entre tanto los tiranos seguían amontonando ruinas, y sembrando por todas partes la desolacion y la muerte. Facil es comprender lo mucho que en estas circunstancias padecería el pastor amoroso. Su tierno corazon no pudo menos de sufrir tormentos mas terribles que la muerte, al verse en medio de tantos infortunios y de tantas lágrimas, al oír el triste bálido de sus obejas devoradas por carniceros lobos ¡Cuántas lágrimas no vertía, al contemplar los trabajos y las miserias de sus perseguidos hijos, que le era imposible remediar...! Habiales ya distribuido cuanto habia podido sustraer á la

rapacidad de sus perseguidores; y su corazon se angustiaba en extremo, al considerar que se habian agotado sus recursos; y que ya no le quedaba medio alguno con que socórrer al desvalido.

No puedo dejar de transcribir aquí lo que el celoso y afligido prelado escribia en circunstancias tan críticas. Sus palabras, á mas de que revelan el fuego de la caridad que abrasaba su pecho, no pueden menos de enternecer al corazon mas duro. Son un arpanque sublime de alma generosa, que cercada de angustias, y victima de cien tribulaciones, siente unicamente la imposibilidad de aliviar el mal que affige á sus hermanos. Hélas aquí: «Nada quiero hablar de lo que la mision ha perdido en estos cercos; nada de las capas, casullas, albas y amitos; nada de los calices, copones y otros vasos de plata.

destinados al culto divino; nada de los libros y papeles interesantísimos de la mision cuya pérdida es irreparable, «y mas sensible para mi que todo lo demás. Aun me queda el «anillo el pectoral y un ornamento prestado para celebrar el santo sacrificio de la Misa. Ni necesidad del favor ageno para rezar los oficios divinos, que ocurran en la estacion del verano, pues todavia me queda la cuarta parte del breviario correspondiente á esta estacion... La pena que ahora nos queda es la de no poder á perder mas; quiero decir, que habiéndose ya agotado todo el dinero de las cofradias, no habiendo persona

que se ofrezca á prestar, ni esperanzas de poder recibir algun socorro de Macao, habremos de tener precisamente la pena de ver morir de hambre á muchos de «nuestros cristianos.» ¡O afligido Padre! ¡O Pastor atribulado! Tus palabras arrancan un suspiro de lo mas profundo de mi alma, y me hacen verter una sentida lágrima sobre ti, y sobre tus hijos. Y despues de esto, yo no encuentro una palabra, que expresar pueda debidamente tu resignacion, tu magnanimidad, y tu caridad sin limites. Una espresion tienen todas sus virtudes, y esa espresion son tus hechos.

Interminable me haría si quisiese ahora dar cuenta de todos sus padecimientos y privaciones en los cuatro años, que estuvo en el Tunquin. La horrorosa persecucion, que están sufriendo los cristianos de aquel infortunado suelo, basta para darlos á conocer. Siempre oculto en insalubres subterráneos de los que no pocas veces salia medio asfixiado, siempre cubierto con el negro manto de la oscuridad, es como pudo conservarse en este tiempo. Y apesar de todo esto, es increíble lo mucho que trabajó en bien de aquellas misiones. Imposible parece que en menos de cuatro años haya podido estudiar



LA PAGODA DE WHAMPOA.

aquel difícil idioma, enterarse de las costumbres del pais, de los decretos que la Santa Sede tiene expedidos para las misiones de Oriente de todos los negocios del vicariato, y que aun le sobrase tiempo para dedicarse á la lengua mandarina, y al estudio de la teología dogmática y moral; sin que todo esto le impidiese emplear una gran parte del dia en escribir cartas á los misioneros, á los catequistas y á los cristianos todos, exhortándoles á la constancia en la fe, y en redactar las extensas relaciones que mandaba á Roma, á Francia y á Manila. Al ver su desembarazo en el manejo de todos los negocios, sus siempre seguras y prudentes resoluciones en casos y circunstancias difíciles, creíase que había gastado toda su vida en los trabajos de misionero.

Despues de todo esto, escusado es advertir, que su conducta privada siguió siempre la misma. La oracion era para él como un deber sagrado, al que no podia faltar sin cometer un crimen. Sus penitencias eran extraordinarias, á pesar de

las muchas privaciones, que sufría por otra parte. Su humildad su mansedumbre, su caridad, y todas las demás virtudes, que adornaban su alma, iban en progresion siempre creciente, y formaban en él un conjunto divino y admirable. No parece sino que el cielo había abierto sus tesoros, y se complacia en derramar como á torrentes su gracia sobre aquella alma docil.

Triste es que una muerte prematura á manos del tirano cruel, haya arrebatado á la cristiandad anamita Prelado de tantas prendas. Pero su hora era llegada; y Dios queriendo dar cima á su extraordinario mérito, permitió que la cuchilla homicida segase su cabaza. Fué decapitado por la fe el dia primero de noviembre del año 61.

LA ALTERACION EN EL HOMBRE.

Como las plantas, el hombre se altera si carece de luz.

La alteracion humana se revela por un matiz particular del tinte y por cierta torpeza vital que procede de una disminucion de la circulacion y de las combustiones orgánicas, coincidiendo con una débil energía de la respiracion y alteracion de la sangre escasa de albumina y de fibrina.

Las consecuencias de este estado son: la tendencia á las hemorragias, á las hidropesias, falta de resistencia vital y una predisposicion á tener tubérculos y escrófulas, que son las enfermedades de la miseria.

No es dudoso que la privacion de luz sea la causa en los presos, mineros, bodegoneros, despenoseros de navíos, en los niños que habitan en lugares insalubres, además de otras influencias, como frio, humedad, desaseo, mal régimen y todo el vicioso cortejo de la pobreza.

A Dios gracias estas causas reunidas adquieren rara vez en nuestros dias mucha intensidad; pero si la decadencia orgánica que resulta de la privacion de la luz se detiene y habitualmente no presenta graves síntomas, no deja de presentarse

en muchas personas y nunca se indicará bastante á los padres de familia que, sin verse obligados á ello, escatiman la luz á sus hijos.

Sabido es cuan necesaria es la luz á los vegetales y cuánto sufren con su ausencia. En la oscuridad disminuye la coloración en la parte verde: los granos de clorofila, á los que es debida aquella, se adhieren á las interioridades de las células, permaneciendo inertes en ellas; el agua no se presenta en la superficie y se acumula en los vasos; el carbono no se fija; en vez de absorber el ácido carbónico del aire, las partes verdes absorben por el contrario una débil porción de oxígeno que quema una parte del carbono del tejido vegetal, de donde procede la pérdida más rápida de este tejido, una repleción acuosa, y finalmente, la muerte de la planta. Se ha asegurado que era la luz y no el calor quien regulaba estos fenómenos, y la luz eléctrica, la luz Drummond y la del gas del alumbrado participan en este punto de las propiedades de la luz natural.

Los infusorios tampoco se desenvuelven en la oscuridad; los huevos de rana y los de mosca no pueden romperse en ella; los renacuajos de las ranas, las larvas de las moscas han perecido en la oscuridad, y estas experiencias bastarían para establecer la acción directamente de la luz, independientemente de la del calor.

La primera manifestación en el hombre, de la insuficiencia de la luz, es la palidez. Esta palidez de la alteración no es al principio más que una falta de coloración, después toma un tinte rojizo, y por fin terroso; lo mismo se observa en el negro del Ecuador que en el esquimal de los polos, y es debida á un estado particular de la circulación cutánea, cuyas variantes se revelan tanto bajo una piel negra, rojiza ó negruzca, como bajo una piel blanca. Los matices que caracterizan las razas y que son más numerosos que lo que suponen las clasificaciones, son debidos al pigmento: la palidez y la rubicundez proceden de la sangre. El tono general del matiz, que determina el matiz, resulta de la combinación de la colocación pigmentaria que es permanente, y de la coloración sanguínea que es transitoria.

La luz obra, además, sobre una y otra; se ha establecido entre las ranas, por lo menos, que bajo la influencia de la luz las células pigmentarias crecen y se multiplican, y por otra parte no está menos probado hoy que la excitación luminosa determina cambios en el calibre de los vasos sanguíneos. Faltando esta excitación en la oscuridad, concébiase que se altere la circulación.

No es dudoso que la radiación luminosa no obra sobre la piel. El aire solano, las insolaciones, los accidentes análogos determinados por la luz eléctrica atestiguan la influencia de la luz; pero esta acción se ejerce especialmente por el intermedio del ojo.

La luz produce dos clases de excitaciones: la una, por decirlo así, mecánica, determinada por la sola radiación luminosa, y una excitación pasiva que produce la visión. Los ciegos carecen de una y otra; así es que presentan una palidez imposible y una especie de languidez orgánica fácil de descubrir á través de su alegría que contrasta con la tristeza de los sordos.

La excitación pasiva resulta de la visión del mundo exterior, cuya incesante inmovilidad imprime sobre la retina una variedad infinita de cuadros diversamente coloreados. Estas imágenes son para el cerebro el punto de partida de impresiones incesantemente renovadas, de sensaciones penosas ó agradables, dolorosas ó alegres que dramatizan la vida y se extienden por el organismo por el intermedio de la circulación.

Pero sin el concurso del cerebro y de la conciencia, las radiaciones luminosas obran mecánicamente sobre esta función por el intermedio del ojo. Hasta la respiración se altera en la oscuridad, y las ranas cegadas, desprenden menos ácido carbónico y vapor acuoso, al mismo tiempo que aumentan en peso.

De aquí se desprende el papel importante del ojo y de la visión en estas circunstancias. Sabido es que los rayos luminosos se descomponen en rayos cálidos, oscuros; en rayos coloreados; en rayos químicos. Los rayos cálidos oscuros son detenidos en el ojo y no llegan á la retina; los rayos químicos llegan hasta ella, pero no son percibidos aunque tengan la propiedad de colorear al cristalino á su paso; y en

cuanto á los rayos coloreados, no se ha fijado la ciencia todavía acerca de sus propiedades reales, porque en tanto que la mayor parte de los físicos atribuyen la mayor acción vital á los rayos verdes, ahora se presenta una reacción, que aumentan los periódicos en favor de los rayos violetados.

Y ¿qué consecuencias higiénicas deducemos de este estudio?

Por ahora una sola: la imperiosa necesidad de la luz para los niños que no la tienen, tanto como al aire. Debe procurarse que los adultos se aprovechen de ella en la medida de las exigencias profesionales. El día en que sea reconocida la utilidad, se extenderá su beneficio á los mineros y prisioneros.

Conteniendo la luz eléctrica gran número de rayos químicos, convendrá, cuando se utilice, tamizarla por un vaso de uranio que intercepta estos rayos.

En cuanto al empleo medicinal de la luz violeta, no veo en ella más que un medio de atenuar el brillo de la luz natural. Este medio puede convenir á los locos y á los enfermos; pero hasta nueva orden continuaremos, si lo teneis á bien considerando á la luz blanca del Sol como luz verdaderamente vivificadora,

DR. NICÓLAS.

## CIENCIA PREHISTÓRICA.

ALGUNAS OBSERVACIONES Á LOS QUE DEFIENDEN LA TEORÍA DE LOS HOMBRES PREHISTÓRICOS

### II.

Volvámanos, mientras tanto, hacia los otros geólogos, defensores también de los tiempos y hombres prehistóricos, quienes, aunque no se han internado con su ciencia en la presente dificultad, no han dejado por eso de comprender en algún modo la importancia del asunto. Enumeran ellos algunas de las causas que coartan actualmente la propagación del hombre, en el grado que á la fecundidad natural corresponde; á saber, la dificultad para procurarse la subsistencia, la falta de comodidades, el tener que habitar en casas estrechas y miserables, la liviandad de costumbres, la disminución de matrimonios, la carestía, la peste, la guerra, el infanticidio y el instinto brutal del antropófago. A dichas causas atribuyen el menor aumento que se observa en los pueblos salvajes en proporción con los pueblos civilizados. Pasando en seguida de nuestra época á la prehistórica, dicen que los hombres de ésta fueron libres de algunas de las mencionadas desgracias, particularmente del infanticidio. Así, por ejemplo, Darwin raciocina del siguiente modo: «Si dirigimos una mirada retrospectiva hacia las épocas lejanas, antes que el hombre adquiriese la dignidad humana, vemos que él debió ser guiado mucho más por el instinto y mucho menos por la razón que los modernos salvajes. Nuestros primeros padres *semi-humanos* no habrán practicado el infanticidio, porque el instinto de los animales inferiores jamás se ha pervertido hasta el punto de inducirlos á destruir por hábito á su propia especie (1).»

Más, por otra parte, estos sabios se aunan para afirmar que los hombres prehistóricos se multiplican menos que los salvajes modernos; «y considero voluntariamente que si aquellos no se disminuyeron por toda clase de exterminaciones que afligen al género humano en nuestros días, y que pueden llamarse ordinarios y comunes, fueron, sin embargo, oprimidos por más graves y generales flajelos, los progenitores del hombre (es Darwin quien habla) habrán tenido gran tendencia á multiplicarse rápidamente; pero diversos obstáculos, ya periódicos, á constantes, debieron limitar su número más aún que los salvajes de ahora.» Y agrega inmediatamente: «No podemos decir la naturaleza exacta de dichos obstáculos, ni más ni menos como lo ignoramos en muchos otros animales.» Empero, Figuié ha llegado á averiguar en sus indagaciones, no sólo la naturaleza de los obstáculos, sino también su número. En efecto: dice que fueron dos: el primero, con ocasión de uno de los enfriamientos que acaecieron en el período glacial; y el segundo, por causa de un diluvio. Dice del mismo

modo que Europa fué el teatro de ambas catástrofes.

En vista de que habla aquí expresamente de la época prehistórica, se deduce que no alude al diluvio de Noé, que tuvo lugar en el tiempo histórico; y quien no quiera conceder que fué universal, debe llamarlo asiático ó de otro modo, pero no europeo. No tenemos para qué ocuparnos de otras diversas opiniones sobre los mencionados obstáculos; notaremos, sí, que todos ellos, aunque no muy distantes de admitir, con los demás geólogos, el principio de que fueron muchos los miembros primitivos de los hombres prehistóricos, ni siquiera han parado mientes en contar cuántos sobrevivían á cada uno de los pocos ó muchos exterminios que detenían en esa época el aumento de la población.

Pero nosotros hemos hecho un cómputo para aclarar esta cuestión, y vamos á expresarlo, con la esperanza de que nos lo agradezcan nuestros doctos contrarios; teniendo en cuenta que, no solo hemos tomado su causa como nuestra, sino que también hemos preferido las hipótesis más favorables á ellos mismos que á nosotros. Hemos, pues, supuestos que la raza prehistórica comenzó con un solo miembro, habiendo podido suponer que principió con muchos, gracias á la facultad que nos dan los mismos sabios. Además, teniendo en consideración las miserias de aquellos tiempos, las carestías, las pestilencias, las guerras y las otras calamidades que hemos llamado ordinarias, y que caen también sobre nosotros, hemos supuesto que los hombres prehistóricos se aumentaron en la proporción de duplicarse cada 300 por año, aumento menor que el del tiempo histórico.

En cuanto á los obstáculos extraordinarios, ó más bien á los terribles estragos, sin los cuales el número de los hombres habría aumentado de una manera incalculable, no estamos acordes con Figuié, que solo admite dos interrupciones de esta especie, sino más bien con Darwin, que crea fueron periódicas ó constantes. Con todo, hemos querido alargar hasta el máximo la duración de estos períodos á fin de disminuir hasta el mínimo el número de tan dolorosas mortandades. Por la misma razón, es decir, para hacer que dichas catástrofes se repitieran lo menos posible, suponemos que la primera dejó vivo un solo miembro, quedando como al principio, y así con la segunda, tercera y las siguientes! De modo que según esta hipótesis, solo sobrevivieron dos hombres al fin de la época prehistórica, en vez de tantas cuantas unidades se contienen en la suma de 434 cifras. Si se supone que los sobrevivientes de cada flajelo fueron más de dos, entonces los hombres habrían vuelto más pronto á multiplicarse y los flajelos debieran haberse sucedido con más frecuencia.

Puesto al principio un solo miembro, encontramos que los hombres prehistóricos, aumentando 300 cada año durante 6.707, tiempo más ó menos igual al transcurrido desde Adán hasta nosotros, fueron 12.000 millones; población que, como ya se ha dicho, es decupla de la actual y la mayor que puede habitar sobre la tierra, según la más moderada estadística. Debíó venir entonces el primer diluvio, más desastroso que el de Moisés, pues este sacrificó algunos millares de personas, dejando vivas á ocho, mientras aquel solo perdonó á un hombre y una mujer, de un pueblo de 12.000 millones. Después de otros 6.707 años, los hombres llegaron de nuevo á 12.000 millones, viniendo en seguida otro diluvio exterminador como el primero. Avanzando así, según el mismo tenor, de período en período, y de diluvio en diluvio, debieron cerrarse los tiempos prehistóricos. Aquellos según los geólogos modernos, duraron por lo menos 300.000 años. Si dividimos 300.000 por 6.707, el cociente, superior á 44, indicará que tales diluvios se repitieron á lo menos 44 veces. Mas no se crea que por haber empleado la palabra *diluvio* sostenemos que aquellas hecatombes fueron realmente ocasionadas por diluvios, puesto que admitimos la opinión de Darwin, de que ignoramos cual fué la naturaleza precisa de estos obstáculos. Dejaremos, por tanto, que cada uno piense como quiera sobre el particular. Con tal que admita por lo menos 44 desastres universales, es indiferente que los atribuya al agua, al fuego, á los

(1) El origen del hombre, parte primera, capítulo VI.

cielos, á las terremotos ó á cualquiera otro suceso que más le plazca.

Esperamos que nuestros geólogos queden satisfechos con los anteriores cálculos. Más si acaso debiese engañarnos esta esperanza, deseamos que ellos cuenten mejor el número de las tristes catástrofes. Esperamos, sobre todo, que nos expliquen lo que confesamos no entender, es decir, por qué tuvieron lugar tantos estragos, y todos más universales y desastrosos que los procedentes del diluvio de Noé. Deseamos que encuentren la razón científica de tales exterminios, la cual razón no puede ser ciertamente que la naturaleza, nombre con que ellos llaman la causa primera de todas las cosas, extinguiera á los hombres, ya por estar, ya por haber estado en número excesivo.

¿Quién puede negar que es más conforme á la ciencia una naturaleza prudente y suave, que otra cruel y agitada, ó, lo que es peor, dotada de una inclinación á la crueldad, efecto de sus exajerados caprichos? Hasta los idiotas comprenden que quien dijera que la naturaleza no ha concedido á los hombres tanta fecundidad para destruirlos en seguida, hablaría más científicamente que aquel que quisiera sostener que la naturaleza destruye á los hombres por haberlos hecho demasiado fecundos.

Pero, valiendo más los ejemplos que las palabras, ya que hemos declarado cómo piensan los defensores de los tiempos y hombres prehistóricos, declararemos ahora cómo discurremos nosotros sobre los hombres y tiempos históricos.

Sabemos que Dios creó en el principio á Adán y Eva, y que de estos se multiplicaron los hombres por el espacio de 2.000 años, trascurridos desde la creación hasta el diluvio. Por grande que se quiera suponer el aumento anual de aquellos pueblos antediluvianos, ¿quién dirá que se multiplicaron tanto, que debióse extinguir una porción para que la otra pudiese continuar viviendo y propagándose sobre la tierra? Dios no nos mandó el diluvio por ser los hombres demasiados, sino porque su malicia era excesiva, como lo narran las sagradas Escrituras: *Videns Deus quod multa malitia hominum esset in terra... delebo, inquit, hominem quem creavi á terra.* Solo ocho personas encontraron gracia cerca de Dios: Noé con sus tres hijos, las mujeres de éstos, y la de Noé. Nosotros descendemos de ellos, y en el presente año vivimos sobre la tierra en número de 1.309 millones. Finalmente: argumentando con la no interrumpida experiencia, se puede suponer que el aumento anual de los hombres, desde el diluvio hasta el año actual de 1875, ha sido, término medio, de 228. En seguida hemos calculado el número de años que han debido pasar para que con dicho aumento llegasen ocho hombres á 1.300 millones, y tuvimos por resultado que estos años son 4.320.

Ahora, según el computo de los mejores cronólogos modernos, han transcurrido 4.355 años desde Noé hasta nosotros, número que difiere del anterior solo en 35. A este tenor raciocinamos de la época histórica.

Por otra parte, los geólogos de que hablamos, en las obras que hasta la fecha han publicado, describen cómo los hombres prehistóricos se alimentaban, como se vestían, cómo construían sus groseras habitaciones, donde reparaban sus fuerzas y se defendían del frío y de las fieras, como forjaron las armas y utensilios, ya de cilice, ya de bronce, ya de hierro, cómo encendían el fuego, cómo hacían los contratos, que trajes usaban en los banquetes, y con que ceremonias sepultaban á los muertos. Pues bien: todo esto se hace más ó menos del mismo modo en la actualidad, atendiendo á las relaciones de los viajeros que han recorrido el Africa Meridional, país de los hotentotes, el interior de Ceilan, las islas Indaman, la Australia, la Japmania, las islas Viti, la nueva Zelanda, los archipiélagos del Taiti y de Fonga, los países habitados por los esquimales y por las tribus salvajes de América del Norte, el Paraguai, la Patagonia y Tierra del Fuego. Y sin ir tan lejos, algo semejante se observa también en los pequeños territorios europeos que se alejan de la culta metrópoli, mas por el atraso que por la distancia.

Sin embargo, solo dos cosas debieron ser peculiares á los hombres prehistóricos; su número, y las desplorables y universales mortandades

que los arrojaban del mundo de tiempo en tiempo. Síguese de aquí que dichos geólogos, razonando sobre tales hombres, sin tocar, ó cuando más lijamente, estos dos puntos; no hablan científicamente, á pesar de que abundan hasta la saciedad y el fastidio en las otras descripciones, ya que hablar científicamente de una materia consiste en hablar antes de todo, sobre lo que es propio á la materia misma; pues lo que es común á esa y á otras materias se puede dejar á un lado enteramente, ó si nó basta con tratarlas á la lijera. Aquí vemos que sucede lo contrario. Se habla de lo que hacían los hombres prehistóricos, siendo cosas comunes á los pueblos salvajes, y aun á varias naciones cultas de la época actual, y se calla ó apenas se indica confusamente cuántos fueron ellos y los desastres que tuvieron que sufrir, cosas que no pueden atribuirse á ningún pueblo histórico, y que es necesario demostrar bien, por la razón y el modo con que se atribuyen á los hombres prehistóricos, pues de otra manera, quien no haya perdido el juicio, dirá que estos son hombres imaginarios más bien que prehistóricos.

Los defensores de estos hombres, con lo poquísimo que sobre tal materia han dicho, se han visto obligados á admitir consecuencias insostenibles. En efecto: la mayor parte dicen que los hombres prehistóricos se multiplicaron y extinguieron solo por las causas ordinarias, sin tener en cuenta para nada los exterminios provenientes de universales y extraordinarias catástrofes, y en tal supuesto, deben conceder que al comenzar el tiempo histórico vivan más hombres que los calculados por nosotros, es decir, una suma representada por más de 134 cifras. Hemos fijado esta suma suponiendo que la época prehistórica principió con un solo miembro, y que la población aumentó 300 por año, mientras que los sábios sostienen que los miembros primitivos fueron más de uno, y que el aumento anual pasó de 300.

Otros, procurando evitar semejante absurdo, recurren á las catástrofes periódicas y constantes. Ya hemos demostrado claramente que para suponer al principio del tiempo histórico un solo miembro, en vez de un número de hombres de 434 ó más cifras, es necesario imaginar en la edad prehistórica 44 desastres á lo menos más universales y funestos que el diluvio bíblico. Pero dijimos también que no podía esperarse de estos geólogos la razón científica de tales exterminaciones; á lo cual agregamos que no queda vestigio alguno de dichas catástrofes, cuando es lo más natural que hubieran quedado en el teatro de los desastres.

Esta justísima observación es de Lyell, uno de los más entusiastas defensores de la teoría en cuestión: «Ningún habitante del globo, dice Lyell, se expone á tantos peligros sobre el agua, ya en el estado salvaje, ya en el de civilización. No hay, pues, animal cuyo esqueleto sea obligado á permanecer durante tanto tiempo sepultado en los depósitos calcáreos ó submarinos. Y aunque las partes más sólidas de nuestra especie desaparecieran, la huella de sus formas habría quedado en las rocas, como han quedado las señales de las más tiernas hojas y de las más débiles partes de muchos animales.

«Además, las obras de arte, compuestas de más indestructibles materiales, habrían durado más que casi todas las sustancias orgánicas contenidas en las rocas sedimentarias. Edificios y aun ciudades enteras han sido en los tiempos históricos sepultados por volcanes, cubiertos por mares ó destruidos por terremotos. Si semejantes catástrofes se hubiesen repetido muchas veces en las épocas anteriores, la gran antigüedad del hombre estaría escrita en la caducidad del mundo y en caracteres más legibles que las formas de la antigua vegetación que cubrió en un tiempo las islas del Océano Septentrional, ó que los reptiles gigantescos que en un período más reciente poblaban los mares y los rios de nuestro hemisferio.»

Conclúyese de aquí que los nombrados sábios, ateniéndose á lo que han dicho sobre el particular, se encuentran con dificultades insuperables á cualquier parte á que se dirijan. Es necesario, pues, que rebagan mejor sus estudios y que trabajen seriamente en desatar estos nudos.

#### DEL ORIGEN DE LA BRÚJULA.

El origen de la brújula se pierde en la noche de los tiempos; unos atribuyen su invención á un napolitano llamado Flavio de Givia, que floreció en el siglo XIII; no obstante, las obras de Guyot de Provins, poeta francés que vivió en el siglo XII, demuestran que la brújula se conocía en su tiempo; dice también que el *iman* sirve de gran utilidad en la navegación.

Otros pretenden que ha tenido su origen en Francia, y fundan su opinión en que se marca al N. por medio de una flor de lis, lo mismo en las brújulas marinas que en las demás.

Otros dicen que es de origen inglés, ó á lo ménos, que en Inglaterra se ha perfeccionado la manera de suspender la caja en que se halla colocada la aguja imantada. Dicen que todos los pueblos han recibido de los ingleses los nombres que lleva la brújula, como también su forma más cómoda. Se llama también *compas de mar*.

Los españoles y los portugueses la llaman *brújula*.

Otros, finalmente, aseguran que el honor del descubrimiento se debe á los chinos; pero como todavía hoy solo se emplea la aguja imantada en aquel país, haciéndola nadar en el agua sobre un soporte de corcho, como se hacía antiguamente en Europa, se puede creer que Marco Paolo ú otros venecianos que fueron á la India y á la China por el mar Rojo, han dado á conocer la experiencia, cuyo uso han perfeccionado después los pilotos europeos.

Sería muy difícil, si no imposible, decir de una manera absoluta cuál sea el verdadero origen de la *brújula*. Lo cierto es que se ha descubierto, ha hecho sus progresos y se ha perfeccionado. En todos tiempos se ha conocido la propiedad que tiene el iman de ejercer sobre el hierro una fuerza atractiva poderosa; pero los antiguos ignoraban enteramente que el iman suspendido ó flotante sobre el agua por medio de un pedazo de corcho, gira siempre uno de sus extremos, y siempre el mismo, hacia el Norte.

El primero que descubrió esta propiedad, no hizo más ni juzgó la importancia, el uso y la preciosidad del descubrimiento. Otros curiosos, repitiendo la experiencia, llegaron á poner una aguja imantada sobre dos pajitas, andando en el agua y observaron que la aguja giraba invariablemente uno de sus extremos hacia el Norte.

Ya se iba adelantando en el camino del gran descubrimiento, pero no se había llegado todavía á tener la brújula.

El primer uso que se hizo del descubrimiento fué imponer á los tímidos de corazón. Espíritus más reflexivos lo aplicaron por fin á las necesidades de la navegación, y Guyot de Provins, que se hallaba en la corte del emperador Federico Barbarroja, en Maencia en 1181, nos dice en su poema conocido bajo el nombre de *Biblia Guyot*, «que los pilotos franceses usaban una aguja imantada y frotada contra un iman, que llamaban *Marineta*, y que arreglaba la marcha de las embarcaciones en los tiempos nebulosos.»

En lugar de ponerla sobre paja ó corcho nadando en la superficie del agua, por cuyos medios siempre recibían agitaciones las aguas, debidas á los movimientos de la embarcación, algún artista inteligente imagina suspender la aguja imantada por su punto céntrico y sobre un *pivot* ó estilete, ó sobre una punta inmóvil, colocando el todo dentro de una caja á fin de que se moviera libremente y siguiera la tendencia que la inclina constantemente hacia el polo. Otro, por fin, concibió y llevó á cabo el proyecto de añadir á la aguja un pequeño círculo de carton muy ligero, en el cual había trazado los cuatro puntos cardinales y las direcciones de los vientos principales, dividiendo el todo en 300 del horizonte. Esta pequeña máquina ligeramente suspendida, en una caja que estaba ella misma suspendida á la manera de la lámpara de los marinos, respondía perfectamente á las esperanzas del inventor.

Los diferentes usos que tiene la brújula no son de este lugar, puesto que demasiado se sabe las grandes aplicaciones que se hacen de dicho instrumento así en la navegación como en la topografía y en la minería.

Si, creemos muy conveniente exponer que de-

fectos le ponen los que la desechan para los trabajos y que ventajas encuentran los que la defienden, como también el grado de exactitud que dan al instrumentado, particularmente en los trabajos topográficos.

Una de las causas sobre que se pretende fundar la inexactitud de la brújula, es la influencia que sobre ella ejerce la proximidad de una masa de hierro aparente ú oculta. Los defensores no niegan el hecho, y lo evitan con la simple precaución de alejarla de los objetos ferruginos pero sostienen, sin embargo, que se exagera este tropiezo. Las masas de hierro colocadas en el suelo ejercen menos acción que si están á la altura de la aguja.

En cuanto á la variable declinación de la aguja, con tenerla en cuenta es lo suficiente para evitar los errores que de dicho fenómeno se pueden originar. También es necesario saber determinar una brújula.

Otra causa de error que se atribuye á la brújula, es la de que no se pueden leer los ángulos con exactitud. Es sumamente fácil calcular el error que puede resultar. Como las graduaciones están generalmente en grados y medios grados, es muy sencillo acostumbrarse á apreciar el tercio y el cuarto de grado ó de medio grado. El error máximo que se podrá cometer será de cinco minutos. Se ha demostrado que dos líneas que forman entre sí un ángulo de cinco minutos dejan de confundirse á la distancia de 0<sup>m</sup> 103, que en escala de 1 por 1,000 representan 103 metros. De consiguiente, se estará seguro de que los errores de lectura en el instrumento no producirán uno capaz de apreciarse gráficamente en el papel.

También se deduce la longitud máxima que deben tener las líneas topográficas. Sea cualquiera la escala en que deba construirse el plano, no se tomarán lados mayores que la distancia que representa en dicha escala la magnitud verdadera del radio del limbo de la brújula.

Se puede, pues, afirmar que teniendo en cuenta todas las observaciones que dejamos mencionadas, la brújula es un instrumento angular inexacto, si, pero en él que las ventajas compensan de tal modo los defectos que la hacen indispensable en topografía irregular y preferible en los muchos detalles de la regular.

La brújula es el instrumento más á propósito para el itinerario, sirviendo también perfectamente para el levantamiento de planos de polígonos cerrados. Para intersecciones no se debe emplear nunca este instrumento.

### EL MONJE PINTOR.

En una magnífica mañana del riente Mayo salía de Madrid por la Carrera de San Jerónimo una brillante cabalgata, que se hubiera dicho ser la de un príncipe al considerar la riqueza deslumbradora de los trajes y la fiera belleza de sus caballos. Uno de los caballeros llamaba con más particularidad la atención por la magnificencia de su traje, atenuado y por decirlo así eclipsado ante la magestuosa apostura de su persona, como la luna lo es por los vivos rayos de la aurora. Sus diez ó doce compañeros, más jóvenes que él, se apiñaban cabalgando á su lado ganosos de recoger las palabras que caían de sus labios.

¿Quién era aquel brillante caballero rodeado de caballeros casi tan brillantes como él? Era un rey cuyo prestigio se impone despóticamente? No; pero el genio no lleva en su frente el signo de la realeza? No lleva también el genio en el rayo de luz que ondula en su mente, un centro á cuyo soberano imperio se sujetan los hombres con amor?...

—Maestro! dijo Van Dyck; á dónde dirigiéreis nuestro paseo esta mañana?

—Paciencia! respondió Rubens sonriendo, paciencia, querido Van Dyck!... Si no me han engañado, os preparo una sorpresa!...

La cabalgata atravesó rápidamente un camino festonado de grandes árboles que formaban una bóveda impenetrable á los rayos del sol. Al cabo de un cuarto de hora de marcha llegaron nuestros caballeros á una planicie donde la vista descubría una perspectiva admirable.

—¿Qué paisaje tan deslumbrador! exclamó con impetuosidad Jacobo Jordan.

—Oh! la naturaleza!... la naturaleza!... Hé

aquí el gran maestro!... dijo Rubens con voz solemne.

—Sí, la naturaleza... la naturaleza y Rubens! añadió Van Dyck, dirigiendo al maestro una mirada en que se dibujaba su ardiente admiración.

—Adulador! replicó el noble artista con distracción, en tanto que sus ojos se perdían en el inmenso horizonte. Después saliendo de su éxtasis, y dirigiéndose á todos...

Amigos míos, dijo, no veis por entre la cima de estos árboles elevarse allá abajo la veleta de un campanario?... Hé aquí el objeto de nuestra escursión matinal. Marchemos!

Los caballeros apresuraron el paso, Rubens caminaba absorto en sus pensamientos, y sus discípulos, piadosos cortesanos del genio, respetaban el silencio del maestro.

En que pensaba? Ah! en aquella edad, más distante de nosotros por las costumbres que por el tiempo, el artista, sacerdote de lo bello, no pensaba en prostituir su noble inteligencia á un puñado de oro ó á los halagos vanidosos de una popularidad sin conciencia: aquel genio á quien se rogaba que aceptase una embajada, se ocupaba en altos pensamientos donde su mente, arrebatada en alas de su fe como el Dante en la lectura de la Biblia, se empapaba lanzándose al infinito en la inspiración que había de tomar cuerpo, al toque franco y vigoroso de su pincel, en cuadros inmortales.

Llegados los caballeros al término de su viaje: después de atar los caballos á los robustos hierros de una reja, penetraron en la iglesia de un monasterio.

Rubens y sus compañeros se arrodillaron al entrar en el sagrado lugar; entonces el genio se ensalzaba humillándose ante el autor de todo don perfecto; hoy se rebaja al erigir en su corazón un altar á su soberbia.

Después de orar brevemente se levantó el maestro, y haciendo señales á sus discípulos de que le esperasen, se dirigió al altar mayor. En este momento, los religiosos, terminado el oficio de la mañana, salían de la iglesia con recogimiento. Uno de ellos, el prior, se quedó atrás, y abstraído en la oración, no se había apercebido de la llegada de los caballeros.

—Amigos míos! exclamó de repente Rubens, venid, venid, y admirad conmigo!...

En un abrir y cerrar de ojos Jacobo Jordan, Van Thulden, Van Dyck y todos los demás se agruparon alrededor del maestro.

—Mirad, les dijo designando con ademán febril un cuadro fijado por cima del tabernáculo.

Los discípulos quedaron como arrobados ante una visión deslumbradora. El cuadro representaba la muerte de un monje. En este cuadro no se sabía qué admirar más, si la majestad del conjunto ó la perfección de los detalles puestos en relieve por la irreprochable energía del dibujo y la espléndida viveza del colorido. Pasados algunos momentos de estática contemplación.

—¿Quién es el autor de esta maravilla? preguntaron.

Esta exclamación colectiva, acentuada por impaciente curiosidad y apenas moderada por el respeto al lugar sagrado, llegó como confuso murmullo á los oídos del prior.

—Había un nombre por debajo, dijo Van Thulden, pero mirad, ha sido cuidadosamente borrado!

—Es cierto, replicó el impetuoso Jordan: ¿quién es el pigmeo que se ha atrevido á poner su mano profana en la obra del gigante?

Rubens, entre tanto, dejando á sus discípulos entregados á su indignación generosa, se había dirigido al religioso.

—Padre mío, le dijo con respetuosa viveza y señalando al cuadro: ¡por favor, decídnos quién es el autor de esta obra maestra incomparable!

El monje se estremeció visiblemente, pero dominando su emoción, respondió:

—El pintor ya no es de este mundo.

—¿Qué! ¿ha muerto? dijo Rubens, en tanto que sus compañeros se acercaban á él respetuosamente: ¿ha muerto y nadie le ha conocido? ¿Ha muerto y nadie repite su nombre inmortal... su nombre, ante el cual palidecería el mío?... ¡Y sin embargo, padre mío, añadió

el artista con noble orgullo, sin embargo, yo soy Pablo Rubens!...

A este nombre la pálida faz del prior se iluminó con extraña luz, dirigiendo á Rubens una mirada en que se revelaba algo más que curiosidad. Pero esta súbita exaltación se disipó pronto; bajó los ojos, cruzó los brazos sobre el pecho y repitió.

—El artista no es de este mundo.

—Pero su nombre, padre mío, su nombre para que pueda decirse á todo el universo, para que podamos todos concederle la gloria que le es debida.

Y Rubens, Van Dyck, Jacobo Jordan, Van Thulden y todos los demás rodeaban al prior suplicándole que les nombrase al artista desconocido. El monje temblaba, expresando todas sus facciones una violenta lucha interior sus labios, convulsamente contraídos, parecían prontos á revelar un secreto.

—Escuchadme, dijo, me habeis comprendido mal... Os he dicho que el autor de este cuadro no es de este mundo; pero no os he querido decir que haya muerto.

—¡Oh, vive, vive! dijo Rubens; entonces, ¡su nombre, su nombre!...

—Ha renunciado á las cosas de la tierra, se halla en claustro...

—¿En un claustro, padre mío, en un claustro?... ¡Oh, decidme pronto en cual, porque es preciso que salga de él!... ¡Dios le ha dado una misión, una misión sublime; es preciso que la cumpla!... ¡Indicadme el asilo donde se oculta, y yo iré á sacarle de él para demostrarle la gloria que le espera!...

—Pero... ¿y si se resiste? objetó dulcemente el prior.

—Si se resiste, haré que el Padre Santo le ordene que vuelva al mundo y que tome sus pinceles. El Papa me aprecia, Padre mío; estad seguro de que oirá mis ruegos...

—Y bien! yo no os diré mi nombre ni el asilo en que se halla retirado, dijo el monje con firmeza inquebrantable!

—El Papa os dará orden de que lo digáis, replicó Rubens exasperado.

—Escuchadme, replicó el monje después de un instante de silencio: ¡en nombre del cielo, escuchadme! ¿Pensáis que el autor de este cuadro, antes de renunciar á la fortuna y á la gloria, antes de reconocer que todo lo de la tierra no es más que mentira y vanidad, no habrá sentido que su corazón sangraba por mil heridas bajo la presión de punzantes decepciones? ¿Quién os ha dicho que lo que os parece el colmo de la felicidad y da la ambición sobre la tierra, no sea para él polvo, y ceniza, y nada?... Dejadle, pues, morir en paz en el abrigo que ha hallado contra el mundo y contra él mismo; sentidlo si os parece bien; pero respetad por lo menos su libertad...

—Pero, padre mío, dijo Rubens enternecido ¡renuncia á la inmortalidad!

Una sonrisa de compasión celeste brilló en los labios del hombre de Dios; después, con voz grave y solemne como la de lo desconocido, replicó:

—¡La inmortalidad!... ¿Qué es la inmortalidad... ante la eternidad?...

Y diciendo esto, bajó la cogulla, saludó á sus asombrados huéspedes, alejándose lentamente, sin que éstos pensasen ya en detenerla.

El ilustre flamenco salió de la iglesia, seguido de su brillante cortejo de discípulos, emprendiendo el camino de Madrid, silencioso y mediatundo.

V. SUAREZ CAPALLEJA.

### LOS TRANSIGENTES.

Hay, dada la debilidad humana, una verdad aterradora que un célebre impio formuló de esta manera: «calumnia que algo queda.» No despreciaron por cierto el consejo los que dominados por un vértigo infernal obran impulsados por aquel satánico «*destruyamos la infame.*» que resonó el pasado siglo en la desgraciada Francia: los enemigos de la Iglesia que quieren pasar por amigos del hombre, no se pararon á estudiar si ciertas cosas consumables eran hijos legítimos del espíritu católico, porque hubieran comprendido desde luego que nó; también se pararon á medi-

tar si aquellos repetidos casos que observaban y aprovechaban para sus censuras podían tomarse como regla general; ni menos si era más provechoso combatirlos con las doctrinas del Evangelio que con las de la Revolución, pues si lo hubieran meditado hubieran adquirido la convicción de que solo el Catolicismo salvó á la sociedad y que si ellos mismos tenían acciones de caridad, de generosidad ó de abnegación, era debido á que habían nacido bajo una atmósfera de diez y ocho siglos de Catolicismo, pues de no carecerían de aquellos sentimientos, y no hay, prueba más concluyente de esta verdad que observar los tiempos actuales: Dios lo remediará si lo estima oportuno ó lo consentirá para castigo de nuestra soberbia, que igual á la de los constructores de la Torre de Babel, ha recibido ya idéntico escarmiento, pues nadie se entiende; solo el Vaticano flota como el Arca en medio del naufragio del sentido común. Y esto bien se vé, pero la voz de las pasiones y de los intereses no lo deja confesar á muchos, que prefieren aguardar el momento de la muerte para arrepentirse. Lo repetimos, los enemigos de la Iglesia no se pararon á examinar nada de lo que hemos enumerado, ni como se habían de parar si obraban bajo la dirección de hombres que no buscaban ni el bien, ni la verdad, sino su medro personal y la consecución de sus desenfrenados deseos? Sin embargo lograron engañar á muchos incautos, que quien sabe si no les valdrá excusarse como Adán, sino que como Adán serán condenados á ser espulsados del Paraíso.

Entre las muchas calumnias que contra la Iglesia en general vomitaron los impíos, figura la acusación de intransigencia que nosotros aun estamos condenados á oír, aun de personas formales, serias al parecer. Intransigencia con quién? ¿Con el error? Es verdad, la Iglesia no transige con él jamás: ahí está el Syllabus, el que no lo acepte que no se intitule católico apóstolico romano. Pero obsérvese un fenómeno especial y es el empeño en no admitir el Syllabus, pero que se les tenga por católicos en todo hasta para los funerales, luchando porque los templos admitan el cadáver, los sacerdotes entonen el Requiem, la tierra bendita acoja los restos y los cubra con la cruz de la Redención, y todo esto interviniendo los sacerdotes católicos adictos al Pontífice Romano que promulgó el Syllabus: pero dejemos este incidente.

Si la intransigencia, pues, que se echa en cara á la Iglesia es por no reconocer al error con derecho á nada, tienen razón, la Iglesia es intransigente. ¿Pero es eso una falta? ¿En dónde estamos? Si la Iglesia transige con el error, en donde encontraremos la verdad pura? La verdad es ó no necesaria al mundo? Nadie osará decir que no lo sea, ahora bien si la verdad para que sea tal es preciso que no tenga mezcla de error ¿no es necesaria una institución que conserve esa verdad pura? Si la Iglesia llena ese fin trascendental no transigiendo, es racional (ya que en el siglo del racionalismo estamos) que se le haga por ello un cargo? Es que lo que la Iglesia denomina error, no lo es? Para eso sería preciso que quien sentara esa proposición nos enseñara los poderes en virtud de los cuales puede revisar los fallos de la Iglesia porque si carece de esos poderes, tenemos que atenernos á lo fallado por la Iglesia, so pena de no poderlos llamar católico-apóstolico-romanos. Admitir la revisión sin poderes en el revisador, sería abrir la puerta para una serie de revisiones indefinida porque ¿quién podría señalar el término? Estas conclusiones son perfectamente lógicas; aquí no hay mistisismo, ni se aducen textos; ó el racionalismo pues acepta la lógica, ó no es racionalismo, sino capricho ó idealología; y la verdad es que así realmente ocurre: el racionalismo desconoce hasta los principios más rudimentarios del raciocinio y de la lógica.

Peró no, se dice, la intransigencia de que acusamos á la Iglesia es con relación á todas las ciencias, aun exceptuadas la teología y las morales y políticas. ¿Es verdad esto? Si esto es así ¿porqué solo el espíritu católico puede crear y crea esas escuelas gratuitas para los pobres, niños y adultos? ¿Esas hermanas de la Caridad que han triunfado aun sobre las preocupaciones de los *sprits forts*? ¿por qué es incontable el número de descubrimientos debidos á religiosos? Porque el acontecimiento más sorprendente y trascendental de todas las épocas, entre los debidos puramente á la ciencia del hombre, como es el descubrimiento de un nuevo mundo, se debe á la protección de una Reina llamada por auto-

nomasia católica y á la intercesión de unos religiosos? No podríamos terminar si estámparamos todas las preguntas que nos ocurren, y no podemos menos de oír con lástima cuando se nos aduce algún hecho aislado en contra de lo espuesto, cuando se nos cita algún descubrimiento perseguido en nombre de las ideas religiosas, porque vemos que la ignorancia ó la mala fé quieren hacer pasar como parte integrante de las ideas religiosas, las preocupaciones, la ineptitud, ó algún interés personal del momento, y no solo se quiere suponer parte integrante sino establecerlo como si fuera la esencia, la base, el espíritu y la norma de la Iglesia.

Hay también quien examina algunos hechos sociales que han tenido lugar en países católicos y dicen que por lo menos el Catolicismo produce la intransigencia en el espíritu público, lo cual no se observa en los países en que aquel no domina en absoluto: allí, se dice, todos son *transijentes* por educación, y los incautos lo creen y aparecen los católicos como menos civilizados que los demás. Es, pues, esa calumnia de las que necesitan ser más combatidas, nosotros vamos hoy á arrimar nuestro grano de arena en esa gran obra de restablecimiento de la verdad.

Fué la Inquisición por ventura quien quemó á Juan de Huss, ó los reformistas? Las millares de personas inmoladas cuando el cisma en Inglaterra, no lo fueron por los cismáticos? Que eran los que desterraban Obispos Católicos á los desiertos sin límites de la Siberia? No ha sido violado el *imprescriptible* derecho de asociación en los religiosos católicos? No son los católicos los que vemos ilegalmente perseguidos en Suiza? La cacareada libertad de enseñanza no ha sido borrada del pendon revolucionario en Francia en cuanto se vió el vuelo de las Universidades Católicas? Entonces á que ese afán de presentarnos como los intolerantes, cuando hasta en los estados latinos de América, no son los católicos sino las víctimas de todas las intransigencias en nombre de la libertad, del pensamiento y de la emisión de las ideas?

Concluyamos, pues es interminable la materia. Invitamos á los católicos á quienes se les eche en cara su intolerancia, á que analicen los hechos y verán en donde está la intransigencia; si de quien *en principio* no debe, ni puede transijir con el error, y en la práctica no quiere sino que no salga al fuero esterno y hasta llega á tolerar ciertos hechos para evitar males mayores; ó de quien condena al desheredamiento social á los católicos solo por serlos, los desprecian y constituyen en objeto de sus burlas, y en nombre de la libertad de conciencia se meten en sí oyen misa, se arrodillan, se descubren, etc.etc.

P. DE G. Y DE A.

Manila: 77.

## LA JUDIA DE TOLEDO.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

Segunda parte.

(CONTINUACION.)

VI.

Cuando Sahara hubo terminado su plegaria se levantó:

—Dios me ha oído; se dijo; ¿pero quien ha podido introducir este pergamino en mi escarcela?

Entonces se dirigió á la mesa sobre que ardía la bugia; se sentó ante ella, y volvió á leer y re- leer los misterios caracteres que la anunciaban su nacimiento, su rango, y su inocencia ante los hombres ya que lo era ante Dios.

La letra la era perfectamente desconocida. ¿Quién la había trazado?

¿Era un amigo ó un enemigo? ¿era verdad lo que allí decía, ó era un lazo que se la tendía?

Indudablemente el escrito había sido trazado por el mismo misterioso personaje que con el traje de astrólogo y con el nombre de Micer-Codro, la había empezado á hablar de su pasada existencia.

¿Y quien podía ser aquel hombre que tan perfectamente enterado estaba de su vida?

Si los tribunales de Castilla la habían declarado inocente de la muerte del doctor Fabricius, ¿quien había sido entonces el asesino?

Si era hija de Tellez de Avendaño, ¿que misterio había envuelto los primeros años de su existencia, y que acontecimientos habían tenido lugar para venir á parar al poder del judío Roboam á quien siempre había tenido por padre?

¿Cómo despues de tantos años, no había don Enrique averiguado el paradero de aquella hija? ¿Y en ocasion de qué la había perdido?

—¿Y su madre? ¿que había sido de su madre á quien nunca había conocido y de quien Roboam nunca la había hablado?

Sahara, para quien momentos antes era indiferente todo, empezó á sentir la fiebre de la impaciencia.

Hubiera deseado tener á la mano un genio, siquiera fuera malefico, que recorriese al punto el velo que cubría los años de su infancia.

¿Donde encontrarlo?

Era preciso volver al baile.

Entonces tomó la bugia y abriendo la puerta de su gabinete, atravesó como antes lo había hecho Pedrarias, varios aposentos, y se paró ante la puerta del que era del capitán.

Dirigió una mirada investigadora en derredor, y observó que no había ningun paje de los que durante la noche alternaban en la antecámara, prontos á acudir á cualquier llamamiento.

Esto, que en cualquier ocasion le hubiera causado estrañeza, no llamó su atención, en aquella noche.

Era natural la falta, habiéndolo tan gran fiesta en palacio.

Llamó á aquella puerta, no á golpes, sino haciendo subir y bajar el pestillo que la cerraba, y no recibiendo contestación; la empujó, llamando al mismo tiempo al capitán.

Ni Pedrarias contestó, ni en la habitación había luz como era de costumbre toda la noche.

Volvió á repetir su llamamiento, y no obtuvo otra contestación que el silencio más absoluto.

Dió algunos pasos dentro del aposento, y la bugia que llevaba en la mano iluminó el lecho vacío del capitán.

Sahara dirigió entonces su mirada en derredor; y observó que sobre una mesa de mármol estaba el traje de corte que hacia pocos instantes vestía Pedrarias.

Al extremo opuesto, y en derredor de una aljofaina, el mármol estaba manchado de gotas negras como la tinta.

La vasija tenia en sus bordes manchas del mismo líquido, y un peine de marfil, estaba la mitad blanco, y la otra mitad negro.

No eran necesarias más investigaciones. Pedrarias había vuelto al palacio de *Val-de-Noto*; pero había vuelto disfrazado.

¿Para que?

Indudablemente para ver de averiguar la causa de su desmayo, y porque había pronunciado el nombre de Micer-Codro.

¿Y de que se había disfrazado?

Esto era lo que no podía adivinar; pero lo podía saber.

Entonces volvió por el mismo camino á su habitación, y una vez dentro de ella, tomó un pito, y acercándolo á sus labios le arrancó un silvido estridente y prolongado.

Medio minuto no habría trascurrido cuando se sintió el ruido de una puerta que se había, y apartándose en un ángulo del aposento, próximo al lecho de Sahara, los tapices de brocado de Persia que cubrían las paredes, apareció la linda cabeza de una jóven.

Acercáos Yolanda; dijo Sahara, al mismo tiempo que tomaba asiento en el divan donde la hemos visto momentos antes.

La jóven se acercó; tomó una mano que le tendió la Judía, y la besó, con tanto respeto como cariño.

—El señor ha salido hace poco: Yolanda; ha vuelto á Val-de-Noto, y temo que sea con la intención de provocar uno de esos lances en que dos hombres juegan la vida: se ha disfrazado, y no se de qué: informaos de la servidumbre, como si fuera cosa vuestra: obrad con cautela, y venid á decirme lo que averigüeis.

La jóven salió, y tornó al poco rato para decir á Sahara que nadie había traspasado los umbrales de la puerta de la calle, si se exceptuaban los pajes que debían velar en la ante cámara del señor, y á quienes este, segun ellos mismo dijeron, despidió diciendoles que nada necesitaba, que iba á descansar, y que no se le molestase por nada.

Está bien, Yolanda, retiraos á descansar que yo voy á hacer lo mismo.

La jóven volvió á besar la mano de la Judía y se retiró.

Cuando el ruido de sus pasos se hubo amortiguado del todo, Sahara volvió a tomar la bugia y se dirigió otra vez al aposento del capitán.

Llegó, abrió la puerta, entró y volvió a cerrarla. Examinó todas las ventanas, y estaban cerradas por dentro.

Enseguida levantó los tapices, registró minuciosamente las ensambladuras y halló el botón que se presumía debía existir.

Apoyó sobre el su dedo pulgar y la puerta secreta se abrió.

Penetró por ella, y se encontró una escalera de caracol embutida en el espesor del muro.

La bajó, y ella le llevó a un cuarto bajo.

En este había una puerta que daba al jardín, y a lo último de una calle de naranjos y limoneros columbró otra puertecilla en la tapia, que muchas veces había visto abierta, ó ligeramente cerrada con un picaporte.

No quiso saber más.

Volvió sobre sus pasos y un minuto después estaba en su aposento.

Una vez allí hizo sonar por segunda vez su pito, y por el mismo sitio por donde vimos la primera vez acudir su doncella, volvió esta á presentarse.

Yolanda era una Albanesa de raza bohemía cuya familia había sido estinguida en uno de los frecuentes desembarcos que entonces hacían los bajeles otomanos en las costas de Dalmacia.

Ella misma había sido conducida á una nave turca que fué apresada pocas horas después por un bajel de la república de Génova.

Una vez en esta ciudad, Yolanda había sido vendida por esclava cuando apenas tenía doce años, á una vieja meretriz, que la destinaba á reembolzar con usura los cincuenta florines que dió por ella, vendiéndola más infamemente que lo que la había comprado.

De eso hacía cinco años, y entonces había llegado á Génova, recorriendo como ya hemos dicho toda la Italia, Sahara.

Ella y el capitán se habían alojado en una de las mejores posadas de la ciudad, y una tarde que la Judia estaba asomada á un balcon contemplando el golfo, cuyas aguas parecían un mar de sangre, á causa de los últimos reflejos que las mandaba el astro del día próximo á ocultarse tras los encumbradas cimas del Piamonte, oyó gritos en la casa contigua, y casi al mismo tiempo se abrió estrepitosamente uno de los balcones.

Una mujer, casi una niña, apareció en él; y sin detenerse, salvó el antepecho y se arrojó fuera.

Afortunadamente no había contado con los garfios de hierro que entonces y aún muchos años después, se colocaban por fuera para hacer más difícil el acceso de los que intentasen un escaló, y los garfios penetraron en las flotantes faldas de su vestido, y la sostuvieron: pero era indudable que al fin cederían rasgándose con el peso, y aquel cuerpo caería de una altura de treinta pies.

Mientras que los transeuntes gritaban como si con gritos pudiera salvarse á aquella mujer, Sahara tendió desde su balcon al contiguo la tabla que servía de rodapié y pasó.

Cogió por un brazo á la niña, y ya no la soltó hasta que la tuvo en su aposento.

Mandó llamar al hostelero que sabía expresarse en todos los idiomas que se hablaban en el Mediterráneo, desde Chipre á Gibraltar, y supo la infamia que se había intentado con la pobre niña, y quien era.

Sahara no dijo una palabra: se dirigió á un cotre: lo abrió y entregó al hostelero un bolsillo.

—Llevad esos doscientos florines, le dijo, á esa infame muger, y decidla que son suyos y Yolanda mía. Si se niega á mi proposición, asegurala que sabré gastar diez veces mas, para hacerla encerrar en una prisión por toda su vida.

El hostelero salió, y volvió al poco rato con el bolsillo en la mano.

—¿Cómo! ¿se niega? dijo Sahara.

—No señora: la vieja ha huido y con ella todos los que hubiera en la casa. Está vacía. Ocho días después, Pedrarias Sahara y Yolanda dejaban á Génova por Florencia.

Desde entonces la joven Albanesa, fué para Sahara, no una doncella y mucho menos una esclava, sino una hermana.

La quería, como hubiera querido á todos sus hermanos, padre y madre, si hubiesen sobrevivido á la catástrofe que les aniquiló, se hubiera dejado

cortar la carne en pedazos antes que hacerla traicion.

—Acercaos Yolanda, la dijo Sahara con voz afectuosa ¿Teneis un traje de Albanesa, no es verdad?

—Tengo dos á cual más ricos que la señora en cargo para mí.

—Precisamente: dos son los que nos hacen falta: uno para vos y otro que me servirá á mi puesto que tenemos la misma estatura, Id por ellos, que vamos á la fiesta de Val-de-Noto.

Yolanda miró asombrada á su señora, pero acostumbrada á una obediencia ciega, dió media vuelta y salió.

Sahara se puso á cortar de una pieza de terciopelo negro, dos antifaces, y antes de que volviese Yolanda, ya tenía corriente uno.

—Vestíos, la dijo: y continuó el arreglo del segundo:

Diez minutos después, ambas mugeres estaban disfrazadas de Albanesas, y á los pocos instantes franqueaban la puerta del jardín.

Eran las tres de la madrugada.

#### VII.

En aquel momento, oía Pedrarias de los labios de la condesa viuda de Monteleone lo ocurrido á Sahara.

Se había sentado á su lado un astrólogo de los de la comparsa del *Invierno*: habían hablado durante tres ó cuatro minutos y al cabo de ellos Sahara le había preguntado con voz angustiada.

—¿Quien sois, quien sois!!

El astrólogo había pronunciado un nombre que la condesa no podía recordar, y Sahara rechazando al desconocido, se había desmayado.

Era cuanto necesitaba saber Pedrarias.

Entonces dirigió tres ó cuatro frases galantes á la condesa, y se despidió.

—¿Sabeis quien es ese senador veneciano que me acaba de hablar, preguntó la Monteleone á una amiga?

—No; pero hay pocos hombres de esa estatura en Nápoles: si D. Pedro Arias pudiera estar aquí, diría que era él.

—Sea quien sea, replicó, la viuda, representa admirablemente su papel: pues además de estar bien vestido, lleva tras sí el *Sbirro* del tribunal de los *Diez*.

Pedrarias se mezcló con la muchedumbre: pero ¿como encontrar al hombre que buscaba si en la comparsa del *Invierno* iban más de veinte astrólogos y nigromantes?

Preguntaría á todos.

Y efectivamente á cuantos hallaba, deslizaba en sus oídos una palabra misteriosa.

A la media hora, hubo dos ó tres que le contestaron. Ya me habeis dicho lo mismo dos veces: Miccer-Codro: ¿que quereis significar con eso? A fé que estais divertido: correis señor Senador, tan buena broma como vuestro acompañante.

Pedrarias volvió la cabeza, como ya lo había hecho diferentes veces á igual interpelacion, y se encontró como siempre á dos pasos de él, el *Sbirro* veneciano.

—¿Qué quereis? le dijo acortando la distancia y parándose.

—Serviros, señor, como es mi obligacion: contestó el espiá inclinandose respetuosamente.

—Este chusco de nuevo género me faltaba: pensó Pedrarias: y después añadió en voz alta: ¿Y en que podeis servirme?

Dentro de mi oficio, en todo: vos sois. Senador; yo *Sbirro*: preguntad lo que os interese y yo averiguaré.

Pedrarias que tenía una idea fija, le contestó por desembarazarle de él y proseguir sus pesquisas—Pues bien: averiguad si está en la fiesta Miccer-Codo.

El *Sbirro* se inclinó, dió media vuelta, al mismo tiempo que Pedrarias sin cuidarse de él, daba otra media en direccion enteramente contraria, y se alejaron uno de otro.

En aquel momento, dos mujeres ricamente ataviadas con el fantástico traje de las Albanesas de Butrinto, eran solicitadas por una cohorte de Sátiros, de Fáunos, de nigromantes y de astrólogos de las comparsas del Otoño y del Invierno.

Dos de los últimos fueron los preferidos, y aceptados sus brazos por las dos mugeres,

—Vaya, dijeron algunos; á las Albanesas, las dá por la astrología.

Después, el grupo se disolvió; parte porque había desaparecido la causa que lo formara, y

parte para dar paso á una máscara disfrazada de Senador veneciano que encaminó sus pasos hacia una de las dos parejas formadas por un astrólogo y una Albanesa.

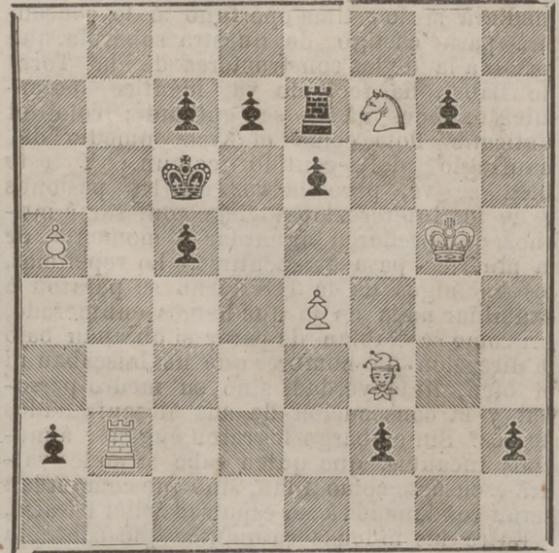
VAZQUEZ DE ALDANA.

(Se continuará.)

## AJEDREZ.

### PROBLEMA NÚM. 20.

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan y dan mate en cinco jugadas.

### SOLUCION AL PROBLEMA NÚM. 19 (1)

BLANCAS.

NEGRAS.

- 1.<sup>a</sup> D. casilla AR.e
- 2.<sup>a</sup> T. 4.<sup>a</sup> c. D.
- 3.<sup>a</sup> A. mate.

(1) Este problema tiene algunas variantes de facil solucion.

CALENDARIO OFICIAL

PARA 1877.

DEPÓSITO Y VENTA EN LA IMPRENTA

DE

EL ORIENTE

MAGALLANES, 32.—MANILA.